



CÓMO INVESTIGAR LA REALIDAD PARA TRANSFORMARLA

Orlando Fals Borda

CÓMO INVESTIGAR LA REALIDAD PARA TRANSFORMARLA



Ilustración de tapa: “El Cubilete”, acuarela de Antonio Guerrero, en “Yo me muero como vivi”. 15 acuarelas de Antonio Guerrero en el 15 aniversario del encarcelamiento de Los Cinco Cubanos con textos de Antonio Guerrero - Gerardo Hernández - Ramón Labanino, p. 18

CATÁLOGO



Colección

SOCIALISMO y LIBERTAD

ONLINE



<https://elsudamericano.wordpress.com>



La red mundial de los hijos de la revolución social

EL PROBLEMA DE CÓMO INVESTIGAR LA REALIDAD PARA TRANSFORMARLA POR LA PRAXIS

Introducción

Ciencia y realidad

1. Sobre la casualidad
2. Sobre la constatación del conocimiento
3. Sobre el empirismo
4. Sobre la realidad objetiva
5. Sobre los conceptós
6. Sobre la ciencia social crítica

La praxis y el conocimiento

Saber popular y acción política

1. Sobre el sentido común

Sobre la ciencia del proletariado

Sobre el sujeto y el objeto del conocimiento

Bibliografía

LOS PROBLEMAS EN LA DEFINICIÓN DE UNA ALTERNATIVA

Post scriptum

La ciencia y el pueblo: nuevas reflexiones sobre la investigación-acción
(participativa)

I

BASES GENERALES

Concepto de ciencia

Niveles de producción del conocimiento: dominante y emergente

Concepto de ciencia popular

Ciencia e interés de clase

Ciencia y poder político

II

ENSEÑANZAS DE LA INVESTIGACIÓN-ACCIÓN PARTICIPATIVA (IAP)

Aportes del saber popular

Metodología (1): Autenticidad y compromiso

Metodología (2): Antidogmatismo

Metodología (3): Devolución sistemática

Metodología (4): Reflujo a intelectuales orgánicos

Metodología (5): Ritmo, reflexión-acción

Metodología (6): Ciencia modesta y técnicas dialógicas

III

ENSEÑANZAS DE COYUNTURAS REVOLUCIONARIAS

El Proletkult

La inteligencia rural

La revolución cultural

Excesos de la ortodoxia política

IV

EL RETO DEL CONTROL INSTRUMENTAL

Impacto de la cultura masiva

La región: valores sustanciales y marginales

Papel de minorías orgánicas especializadas

La Universidad en diáspora

Bibliografía

**EL TERCER MUNDO Y LA REORIENTACIÓN
DE LAS CIENCIAS CONTEMPORÁNEAS**

La frustración del eurocentrismo

La reveza de la vieja corriente colonizadora

Esa desorientación inhumana

Veamos

Un reto político universalmente compartido

Más allá de los dogmas

Bibliografía

CÓMO INVESTIGAR LA REALIDAD PARA TRANSFORMARLA¹

INTRODUCCIÓN

Son relativamente pocas las ocasiones de confrontar directamente, en el curso de la vida, procesos fundamentales de transformación social. Es nuestro privilegio, como generación, la de vivir este proceso hoy día, y hacerlo con las ventajas y desventajas que ofrece el desarrollo contemporáneo. Es también nuestra responsabilidad, como pertenecientes a una comunidad de científicos, saber interpretar esta transformación y derivar datos adecuados para entenderla con el objeto de ayudar a construir el futuro.

Cómo combinar precisamente lo vivencial con lo racional en estos procesos de cambio radical, constituye la esencia del problema que tenemos entre manos. Y éste, en el fondo, es un problema ontológico y de concepciones generales del que no podemos excusarnos. En especial, ¿qué exigencias nos ha hecho y nos hace la realidad del cambio en cuanto a nuestro papel como científicos y en cuanto a nuestra concepción y utilización de la ciencia? Porque, al vivir, no lo hacemos sólo como hombres, sino como seres preparados para el estudio y la crítica de la sociedad y el mundo.

Nuestras herramientas especiales de trabajo han sido y son mayormente los marcos de referencia y las técnicas con las que sucesivas generaciones de científicos han intentado interpretar la realidad. Pero bien sabemos que estas herramientas de trabajo no tienen vida propia, sino que toman el sentido que les demos, con sus respectivos efectos en variados campos de la vida y del conocimiento. De allí que no podamos desconocer el impacto social, político y económico de nuestros trabajos, y que, en consecuencia, debamos saber escoger, para nuestros fines, aquello que sea armónico con nuestra visión de la responsabilidad social. Así mismo se satisface también nuestra vivencia.

Estos problemas filosóficos, de concepción del trabajo y de articulación teórica, se han sentido de manera constante y, a veces, angustiosa, en la

¹ Ponencia del autor en el *Simposio Internacional de Cartagena sobre Investigación-Acción*, 1977. “El problema de cómo investigar la realidad para transformarla, Bogotá, Ed. Tercer Mundo, 1979, pp. 11-57. Séptima Edición: Junio de 1997

experiencia colombiana que un número de investigadores sociales hemos vivido y tratado de racionalizar en los últimos años (1970-1976). El que sólo ahora se pueda articularlos con alguna especificidad es, en sí mismo, parte del proceso vivencial-racional que hemos recorrido. Ello no es demostración alguna de que hayan quedado resueltos o superados los problemas descritos; pero, consecuentes con nuestras ideas, queremos compartir estas preliminares reflexiones –que son también un balance de nuestra experiencia– en aras de una discusión que se nos sigue haciendo necesaria e inevitable. Es ya una discusión a escala mundial, porque las preocupaciones aquí esbozadas sobre el caso colombiano se multiplican casi dondequiera que se ha intentado, desde hace varias décadas, promoviendo conscientemente cambios revolucionarios, para verlos luego frustrados o tomando direcciones inesperadas o contrarias. Se trata, pues, de un problema teórico-práctico de suma gravedad y urgencia.

No es indispensable detallar la naturaleza de la experiencia colombiana de “investigación-acción” (“estudio-acción”), que es tema de la parte específica de este trabajo, ya que ha sido motivo de varias publicaciones y amplia controversia nacional e internacional.² Para fines del presente estudio, baste con señalar, a grandes rasgos, las siguientes características pertinentes:

1. El esfuerzo de investigación-acción se dirigió a comprender la situación histórica y social de grupos obreros, campesinos e indígenas colombianos, sujetos al impacto de la expansión capitalista, es decir, al sector más explotado y atrasado de nuestra sociedad.
2. Este trabajo implicó adelantar experimentos muy preliminares, o sondeos, sobre cómo vincular la comprensión histórico-social y los estudios resultantes, a la práctica de organizaciones locales y nacionales conscientes (gremiales y/o políticas) dentro del contexto de la lucha de clases del país.

² Varias instituciones colombianas realizaron experiencias de investigación-acción desde 1970, pero la más conocida, por diversas razones, fue la Fundación Rosca de Investigación y Acción Social (1970-1976), a la cual perteneció el presente autor. Entre sus publicaciones más influyentes o difundidas: Fundación Rosca de Investigación y Acción Social, *Ciencia popular, causa popular*, Bogotá, 1972; *Cuestiones de metodología aplicada a las ciencias sociales*, Bogotá, 1974; *La verdad es revolucionaria*, Bogotá, 1974 y “La Rosca de investigación se retira de *Alternativa del Pueblo*”, en *Alternativa del Pueblo*, N° 28, 17 de marzo-30 de abril, Bogotá, 1975. Debe distinguirse la “investigación-acción” de la “investigación militante”, que es aquella realizada por cuadros científicos dentro de marcos partidistas y sujetos a las pautas y necesidades de su respectiva organización.

3. Tales experimentos o sondeos se realizaron en Colombia en cinco regiones rurales y costaneras, y en dos ciudades, con personas que incluían tanto profesionales o intelectuales comprometidos en esta línea de estudio-acción como cuadros del ámbito local, especialmente de gremios.
4. Desde su iniciación, el trabajo fue independiente de cualquier partido o grupo político, aunque durante el curso del mismo se realizaron diversas formas de contacto e intercambio con aquellos organismos políticos que compartían el interés por la metodología ensayada.

Además, con esta experiencia se trató de responder, en la práctica, a la inquietud que el autor había hecho en años anteriores (desde 1967) sobre el “compromiso” de los científicos colombianos (y de los intelectuales en general) ante las exigencias de la realidad del cambio social.

Aunque estos ensayos de investigación-acción no fueron siempre coherentes y padecieron de inevitables errores, destacaron pautas que merecen recogerse y analizarse. Generaron fracasos y altibajos, incomprendiones y persecuciones, estímulos y polémicas. Por lo mismo conviene evaluar la experiencia resultante para medir lo que representa dentro del proceso de transformación radical, que es el sino de nuestra generación y también de las que siguen. Porque tratar de vincular el conocimiento y la acción –la teoría y la práctica–, como en el castigo de Sísifo, es un esfuerzo permanente e inacabado de comprensión, revisión y superación sobre una cuesta sin fin, difícil y llena de tropiezos. Es la cuesta que el hombre ha venido transitando desde que el mundo es mundo.

Para evitar discusiones innecesarias, conviene establecer desde el principio las bases gnoseológicas del presente trabajo, que pueden resumirse de la siguiente manera:

1. El problema de la relación entre el pensar y el ser –la sensación y lo físico– se resuelve por la observación de lo material que es externo a nosotros e independiente de nuestra conciencia; y lo material incluye no sólo lo constatable de la naturaleza sino también las condiciones fundamentales, primarias, de la existencia humana.

2. El problema de la formación y reducción del conocimiento no se resuelve diferenciando los fenómenos de las cosas-en-sí, sino planteando la diferencia entre lo que es conocido y lo que todavía no se conoce. Todo conocimiento es inacabado y variable y queda sujeto, por lo mismo, al razonamiento dialéctico; nace de la ignorancia, en un esfuerzo por reducirla y llegar a ser más completo y exacto.
3. El problema de la relación entre el pensar y el actuar se resuelve reconociendo una actividad real de las cosas a la cual sólo se adviene por la práctica que, en este sentido, es anterior a la reflexión; allí se demuestra la verdad objetiva, que es la materia en movimiento.
4. El problema de la relación entre forma y contenido se resuelve planteando la posibilidad de superar su indiferencia por la práctica y no sólo por el comportamiento intuitivo o contemplativo; toda cosa se da como un complejo inextricable de forma y contenido; de allí que la teoría no pueda separarse de la práctica, ni el sujeto del objeto.

CIENCIA Y REALIDAD

Aunque fue en 1970 cuando se concibieron formalmente los trabajos de campo entre obreros, campesinos e indígenas colombianos en la modalidad de la investigación-acción, ya desde antes se venían experimentando dificultades teóricas y metodológicas: no satisfacían los marcos de referencia ni las categorías vigentes en los paradigmas normales de la sociología que se habían recibido de Europa y Estados Unidos. Muchos los hallábamos en buena parte inaplicables a la realidad existente, viciados ideológicamente por defender los intereses de la burguesía dominante, y demasiado especializados o parcelados para entender la globalidad de los fenómenos que se encontraban a diario.³

³ Véase O. Fals Borda, *Ciencia propia y colonialismo intelectual*, Bogotá, 1976. Sobre los paradigmas de la ciencia hemos seguido las teorías de T. Kuhn (*The Structure of Scientific Revolutions*, Chicago, 1970, pp. 23, 187-281), especialmente en cuanto tienen que ver con la formación del conocimiento y la instauración de nuevos paradigmas (“ciencia extraordinaria”).

Sin entrar a discutir las razones de este rechazo —que son motivo de otros ensayos y que, en general, se conocen ya bastante en la literatura científica reciente—⁴ la experiencia acumulada en los últimos años indica que había causas profundas del mismo relacionadas con los conceptos de *ciencia* y *realidad* que se estaban manejando y que, en ese momento inicial, no se alcanzaban a ver todavía en toda su magnitud y trascendencia. Estudiaremos ahora algunas de estas implicaciones.

1. Sobre la causalidad

Recordemos una vez más cómo se había insistido en los textos y en las aulas que la sociología podría ser ciencia natural positiva, pautaada al estilo de las ciencias exactas, en la que se debían cumplir las reglas generales del método científico de investigación. Estas reglas son las que en su día le había transferido Durkheim de las ciencias experimentales, y que había popularizado Pearson (y más recientemente Popper) dentro de esquemas fijos de acumulación científica, validez, confiabilidad, inducción y deducción.⁵ En esencia, se creía que el mismo concepto de *causalidad* podría aplicarse así en las ciencias naturales como en las sociales, es decir, que había causas reales análogas tanto en una como en otras y que éstas podían descubrirse de manera independiente por observadores idóneos, aun de manera experimental o controlada.

El trabajo de campo realizado en las regiones escogidas, especialmente en la primera etapa, reflejó esta orientación positivista, que se expresó de manera consciente —en cuanto a la aplicación de algunas técnicas formales— y también inconscientemente, porque los procedimientos salían desde su origen condicionados por el paradigma positivista sin caer en cuenta de sus posibles consecuencias deformantes para el análisis.⁶

⁴ A. Solari, R. Franco y J. Jutkowitz: *Teoría, acción social y desarrollo en América Latina*, México, 1976; R. Cortés, *Ciencias sociales: ideología y realidad nacional*, Buenos Aires, 1970; A. Quijano: “Alternativas de las ciencias sociales en América Latina”, en *Desarrollo Indoamericano*, año 6, N° 21, octubre de 1973, pp. 45-48; J. Graciarena: *¿Observers or participants?*, IX Congreso Mundial de Sociología, Toronto, 1974, y T. Bottomore: *Crisis and Contention in Sociology*, Londres, 1975.

⁵ E. Durkheim: *Les règles de la méthode sociologique*, Burdeos, 1895; K. Pearson: *The Grammar of Science*, Londres, 1892 y K. Popper, *The Logic of Scientific Discovery*, Nueva York, 1959.

⁶ En efecto, como señala Lukács, había desde la fuente cierto acondicionamiento producido por el ideal cognoscitivo de las ciencias naturales que, al aplicarse al desarrollo social, se convertía en un arma ideológica de la burguesía. Véase G. Lukács: *Historia y conciencia de clase*, Barcelona, 1975.

Las principales perplejidades que fueron rompiendo el paradigma normal conocido surgieron del estudio de los movimientos sociales. Éstos, según los cánones positivistas, pueden ser respuestas a impulsos aplicados en determinados sectores del sistema social; o son efecto de situaciones patológicas susceptibles de mejoramiento en sus fuentes, que pueden ser individuales o grupales. Así se justificaban teóricamente campañas de reforma social propiciadas por la burguesía dominante, como la acción comunal, la defensa civil, la beneficencia y el reparto de tierras en granjas familiares, todo dentro del contexto político-social existente.

Pero el estudio más profundo e independiente de los problemas económicos y sociales dejaba traslucir una red de causas y efectos sólo explicable a través de análisis estructurales que se salían de las pautas mecanicistas y organicistas acostumbradas, esto es, del paradigma vigente. No podían aplicarse allí los mismos principios causales de las ciencias naturales, evidentemente, porque la materia prima que se manejaba pertenece a una categoría ontológica distinta, que tiene cualidades propias.⁷ Se confrontaban hechos y procesos de concatenación circular o espiral, en sistemas abiertos que iban alimentando su propio desenvolvimiento y su propia dinámica, muchas veces como profecías que imponían mecanismos para su propia confirmación, en formas de causación no encontradas en la naturaleza, donde predominan sistemas cerrados y donde el principio de la acción y reacción es más simple y directo.⁸ En todo caso, se vislumbraba un universo de acción vinculado a las causas que el paradigma vigente no anticipaba de modo conveniente, o que, más correctamente, dejaba en la penumbra del conocimiento.

⁷ Un principio tan obvio como fácil de olvidar, a pesar de las razones claras y elementales expuestas por epistemólogos como Rickert, cuando habla de una “oposición material (real)” entre naturaleza y cultura, para explicar la vieja distinción entre “ciencia de la naturaleza” y “ciencia del espíritu”, lo cual le llevó a reconocer una “oposición formal” entre el método naturalista y el método histórico que él consideraba propio de la ciencia cultural (H. Rickert, *Ciencia cultural y ciencia natural*, Buenos Aires, 1943, pp. 46-47). Véanse las reservas que hace al respecto L. Colletti, *Hacia un marxismo vivo*, Bogotá, 1976, pp. 37-38.

⁸ Esta tesis se había venido enfatizando ya en algunas escuelas, y desde Marx, para el estudio de la sociedad humana y de la cultura; recuérdese cómo Karl Marx, en el “Prefacio” a la primera edición de *El capital*, al compararse con los físicos, subraya que la sociedad no es un “cristal fijo” sino una entidad que hay que ir “entendiendo continuamente en el proceso de transformación”. Véase también su Carta a Mikhailovsky sobre el método histórico de investigación (1877).

Esta penumbra era, precisamente, lo más interesante para el trabajo, y exigía que se le dirigiera la atención. Al hacerse así, lo que pareció dibujarse en ella fue un reflejo del principio hegeliano: “El viviente no deja que la causa alcance su efecto”.⁹ De modo que a las anteriores dimensiones conocidas de multicausalidad, circularidad y autoconfirmación en lo social se añadía, entonces, otro elemento de volición que llevaba a tomar en cuenta lo fortuito o lo aleatorio en el hombre, especialmente en situaciones de coyuntura como las que se experimentaban en las regiones escogidas para la experimentación activa.

No se trata aquí de un azar ciego y mecánico sujeto a reglas matemáticas en un universo homogéneo, como se aplica en las ciencias exactas; sino de un elemento aleatorio humano condicionado por tendencias anteriores o limitado a cierta viabilidad dentro de opciones de acción. Como en lo social el antecedente inmediato de la acción es volitivo, la acción no va determinada en sentido único, sino que tiene una determinación múltiple dentro del proceso o marco en el cual adquiere sentido.¹⁰ La determinación múltiple, con ese abanico de opciones dentro de una coyuntura (posibilidades que se cierran al abrirse otras), explicaría por qué la historia no se repite, por qué sus procesos no son inevitables, excepto quizás en formas muy largas y lentas. Dentro de una tendencia histórica o proceso de mediano o corto plazo, todo es posible: la determinación múltiple y la volición hacen que ocurran vaivenes, como los avances, saltos y retrocesos que se observaban en la realidad de las regiones. De allí la incidencia de protagonistas concretos y los giros singulares que éstos imponían en las campañas de los grupos regionales de base. Así se entendía también la naturaleza última de la relación entre lo táctico y lo estratégico —la construcción consciente de la historia hacia el futuro—, problema que surgía en el trabajo de campo de manera cotidiana, pero sin poderlo entender bien, y mucho menos manejar, en todas sus implicaciones.

⁹ F. Hegel, 1974, II, pp. 497-498.

¹⁰ Tal es el “principio del impulso” A-B adaptado por Lenin al discutir las tesis de J. Petzoldt, para explicar las diferentes opciones D.C.F., que pueden tomarse en la realidad, lo que se explicaría distinguiendo entre “lo fortuito y lo necesario” en la acción social: V. I. Lenin, *Materialismo y empiriocriticismo*, Madrid, 1974, pp. 152-164. (Agradezco a René Zavaleta haber llamado mi atención sobre este aspecto del planteamiento leninista).

Toda esta problemática de la causalidad fue llevando a cuestionar la orientación del trabajo regional y las herramientas analíticas disponibles. Hasta allí se había procedido de manera rutinaria. La experiencia fue indicando que la validación de los efectos del trabajo sólo podía hacerse, de manera definitiva, mediante el criterio de la acción concreta, esto es, que la causa última tenía una dimensión teórico-práctica. Lo aleatorio de la acción social que se veía día a día quedaba al fin y al cabo sujeto al marco de la praxis, como explicaremos más adelante.

2. Sobre la constatación del conocimiento

Otro resquebrajamiento del paradigma normal se produjo con la transferencia de la noción sobre constatación científica de las ciencias naturales a las sociales.

Un primer aspecto fue el de la observación experimental. A diferencia del observador naturalista, se sabe que en las disciplinas sociales el observador forma parte del universo por observar. Esta condición especial había sido oscurecida por los cánones positivistas sobre la “objetividad” y la “neutralidad” en la ciencia, con la consecuencia de que algunas técnicas de campo como la “observación participante” y la “observación por experimentación” (muy conocida entre antropólogos) tendían a conservar las diferencias entre el observador y lo observado. Además, tales técnicas “neutrales” dejaban a las comunidades estudiadas como víctimas de la explotación científica.¹¹

Como una posible alternativa, desde antes se había propuesto la “inserción en el proceso social”. En este caso se exigía del investigador su plena identificación con los grupos con los cuales entraba en contacto, no sólo para obtener información fidedigna, sino para contribuir al logro de las metas de cambio de esos grupos. Se diferenciaba así esta técnica de las anteriores en que se reconocía a las masas populares un papel protagonista, con la consiguiente disminución del papel del intelectual-observador como monopolizador o contralor de la información científica.¹²

¹¹ En esta misma categoría situamos los intentos de la “antropología de la acción” propuesta en la década de 1960 por Sol Tax, y, en parte, los ensayos de “etnometodología” realizados por H. Garfinkel, aunque de éste son dignas de recogerse las premisas prácticas que retan o condicionan la “ciencia normal” de su época. Véase el interesante artículo de P. Freund y M. Abrams, *Ethnomethodology and Marxism Theory and Society*, vol. 3, N° 3, 1976, pp. 377-393.

¹² Mao Tse-tung, *Algunas cuestiones sobre los métodos de dirección*, Pekín, 1968, tomo III, p. 119.

En segundo lugar, aunque el propósito del trabajo investigativo era obtener y entender mejor la ciencia y el conocimiento a través del contacto primario con los grupos populares de base, como fuente promisoría, los resultados de esta variación en el paradigma resultaron decepcionantes. La inserción del investigador en el proceso social implicó la subordinación de aquél a la práctica política condicionada por intereses inmediatos, y el conocimiento alcanzado fue más de perfeccionamiento y confirmación de éste que de innovación o descubrimiento. Aunque, como veremos más adelante, el sentido común o saber popular es valioso y necesario como fundamento de la acción social, no se vio cómo podía articularse éste al conocimiento científico verificable que se buscaba, para orientar las campañas de defensa de los propios intereses populares.

Finalmente se advirtió que el conocimiento científico verificable resultaba más bien de las abstracciones que se hacían en seminarios cerrados y de las discusiones que se sostenían entre colegas del mismo nivel intelectual, así como del propio estudio de la literatura crítica. En esto no se descubrió nada nuevo, aunque las expectativas iniciales sobre las posibilidades de derivar conocimiento científico directamente del contacto con las bases habían sido grandes. Volveremos a este tema cuando tratemos las “categorías mediadoras específicas” y el papel de los grupos populares de referencia.

3. Sobre el empirismo

La práctica permitió constatar también que el investigador consecuente puede ser al mismo tiempo sujeto y objeto de su propia investigación y experimentar directamente el efecto de sus trabajos (véase la parte final de este estudio); pero tiene que enfatizar uno u otro papel dentro del proceso, en una secuencia de ritmos en el tiempo y el espacio que incluyen acercarse y distanciarse por turnos de las bases, acción y reflexión.¹³ Al buscar la realidad en el terreno, lo que le salva de quedar por fuera del proceso es su compromiso con las masas organizadas, es decir, su inserción personal. Las masas, como sujetos activos, son entonces las que justifican la presencia del investigador y su contribución a las tareas concretas, así en la etapa activa como en la reflexiva.

¹³ “Practicar, conocer, practicar otra vez y conocer de nuevo. Esta forma se repite en infinitos ciclos y, con cada ciclo, el contenido de la práctica y del conocimiento se eleva a un nivel más alto. Ésta es la teoría materialista dialéctica del conocimiento [...] y de la unidad sobre el saber y el hacer”. Mao Tse-tung, *Algunas cuestiones sobre los métodos de dirección*, op. cit., tomo I, p. 331.

No podía, pues, haber lugar en este trabajo a la experimentación social tradicional para hacer ciencia e interpretar la realidad, en tales condiciones, sino al involucramiento personal y la inserción por ritmos. Las técnicas quedaban subordinadas a las lealtades a los grupos actuantes y a las necesidades del proceso: resultó importante tener conciencia de “para quién” se trabajaba. Así, no se rechazaron técnicas empíricas de investigación usualmente cobijadas por la escuela clásica, como la encuesta, el cuestionario o la entrevista, por ser positivistas (sólo los grupos extremistas confundieron erróneamente el empirismo con el positivismo); sino que recibieron un nuevo sentido dentro del contexto de la inserción con los grupos actuantes. Por ejemplo, no podía haber lugar a la distinción tajante entre entrevistador y entrevistado que dictaminan los textos ortodoxos de metodología: había que transformar la entrevista en una experiencia de participación y consenso entre el dador y el receptor de la información, en la cual ambos se identificaran en cuanto a la necesidad y fines compartidos de esa experiencia. Por eso, en el texto mimeografiado que se preparó en 1974¹⁴, se dedica un capítulo a las técnicas empíricas de medición estadística, conteo, análisis y organización del material, que se juzgaron necesarias para comprender la realidad en los ámbitos local y regional.

Este esfuerzo de participación en el estudio puede denominarse *empírico* en el buen sentido, esto es, busca ajustar herramientas analíticas a las necesidades reales de las bases y no a las de los investigadores.¹⁵ Así, obviamente las técnicas desarrolladas por las ciencias sociales tradicionales no todas resultan de rechazar (como algunos pretendieron), sino que pueden utilizarse, perfeccionarse y convertirse en armas de politización y educación de las masas. Que esto es posible, la experiencia colombiana en inserción (y en “autoinvestigación”, como veremos más adelante) también tiende a demostrarlo. Pero hay que poner en su contexto conformista, y reconocer sus limitaciones, a aquellas técnicas empíricas derivadas del paradigma normal que cosifican la relación social, creando un perfecto divorcio entre sujeto y objeto de investigación, es decir, manteniendo la asimetría en las relaciones entre entrevistador y entrevistado (como en las encuestas de opinión). Más aún: se admite ya que deben rechazarse

¹⁴ “Cuestiones de metodología...”, *op. cit.*

¹⁵ No hay que dejarse confundir en cuanto al “empirismo” ciego. Este problema fue aclarado por el mismo Marx en 1880, con su “Encuesta obrera”. Por ejemplo, los cuestionarios adecuados pueden ser, al mismo tiempo, elementos de politización y de creación de conciencia de clase, como pudo hacerlo Marx en el fraseo de sus preguntas. Véase T. Bottomore y M. Rubel: *Karl Marx: Selected Writings in Sociology and Social Philosophy*, Londres, 1968, pp. 210-218.

tales técnicas, cuando estos ejercicios se convierten en armas ideológicas a favor de las clases dominantes, y en formas de represión y control de las clases pobres y explotadas, como sigue ocurriendo con frecuencia.

4. Sobre la realidad objetiva

Las pautas positivistas habían exigido “cortes seccionales” como aproximaciones a la realidad, de nuevo en ilógica imitación de las técnicas de muestreo muy desarrolladas en las ciencias exactas. Así se derivaban “hechos” mensurables con los cuales se reconstruía mentalmente, pedazo a pedazo, el mosaico de la sociedad.

Sin negar la importancia de la mensura en lo social cuando ésta se justifica, en el terreno pudo verse cómo estos “hechos” quedaban amputados de su dimensión temporal y procesal. Pero esta dimensión temporal era parte fundamental de la propia realidad de los “hechos” observados. Era su porción dinámica, viva, la que precisamente debía comandar el mayor interés, porque corría ante los ojos de los investigadores la realidad objetiva de materia y movimiento que buscan los científicos como causa final de las cosas.¹⁶

La realidad objetiva aparecía como “cosas en sí” que se movían en la dimensión espacio-tiempo y que venían de un pasado histórico condicionante. Se convertían en “cosas para nosotros” al llegar al nivel del entendimiento de los grupos concretos, tales como los de la base en las regiones. Así ocurrió con conceptos generales conocidos, como *explotación*, *organización* e *imperialismo*, por ejemplo, que, entendidos empíricamente o como sensaciones individuales por campesinos e indígenas, pasaban a ser reconocidos racionalmente y articulados ideológica y científicamente, por primera vez por ellos, en su contexto estructural real. Uno de los dirigentes campesinos que plasmaron formalmente su ideología, logró explicar en términos de “lucha inconsciente de clase” determinadas pautas tradicionales de la conducta de los terrajeros, clase a la que pertenecía. Y el recuerdo de la organización campesina que se

¹⁶ Éste es un postulado tan antiguo como el mismo conocimiento humano, primero articulado por la filosofía griega y revivido por Descartes. Hoy lo confirman muchos pensadores y científicos naturales. La misma tesis fue replanteada por Engels como la “ley del movimiento”, cuya ciencia es la dialéctica en el desarrollo de la naturaleza, la sociedad y el pensamiento (véase F. Engels, *Anti-Dühring*, Chicago, 1935, pp. 144-145; V. I. Lenin, *Materialismo y empiriocriticismo*, op. cit., pp. 166-166, 251). Estos principios derivan más de Aristóteles que de Newton, pero no son por ello menos vigentes o actuales.

había dado en una región hacía casi medio siglo resurgió como “cosa para nosotros” una vez que se tradujo al contexto de las confrontaciones actuales y los viejos luchadores fueron resituados en el proceso histórico vivo.

Esta transformación de “cosas en sí” en “cosas para nosotros”, según Lenin, “es precisamente el conocimiento”.¹⁷ El nivel de conocimiento de la realidad objetiva en las regiones donde se trabajó subió algo, gracias a esta transformación. No subió más porque este esfuerzo de búsqueda y creación de conocimiento quedó frustrado, en parte, por la utilización consciente o inconsciente del aparato conceptual del paradigma vigente. De allí que todo el sentido de la implicación de aquella transformación de “cosas en sí” en “cosas para nosotros” para entender la realidad objetiva, sólo vino a esclarecerse cuando se cuestionaron así mismo las ideas tradicionales que había sobre la vigencia de leyes, la función de conceptos y el uso de definiciones en la ciencia. Aquel principio de aleatoriedad condicionada con el cual reexaminamos los procesos causales no fue poco para transformar ideas fijas sobre lo heurístico y el armazón conceptual de la ciencia social, como veremos en seguida.

5. Sobre los conceptos

Con frecuencia tendemos a absolutizar las leyes y los conceptos, y a convertir las definiciones en dogmas, esto es, a hacer de la teoría un “fetiche” como objeto de culto supersticioso y excesivo. Así ocurrió en las experiencias descritas, con el resultado de que se oscurecía o deformaba la realidad. No fueron pocos los casos en los cuales los investigadores, por falta de claridad en los marcos de referencia y rigidez conceptual y de métodos, querían ver en el terreno, como con vida propia, leyes tales como la de la “reproducción ampliada en la expansión capitalista” y la de la “correspondencia entre estructura y superestructura”, o aplicar fácilmente conceptos complejos como *autogestión* y *colonialismo*, o confirmar definiciones amplias como las de *sector medio*, *latifundio* y *dependencia*, para hallar que, naturalmente, salieron mediatizadas, incompletas, deformes y, a veces, contradichas en la práctica. En el caso de las definiciones,

¹⁷ V. I. Lenin, *Materialismo y empiriocriticismo*, op. cit., pp. 110, 111, 179. Lukács recuerda que estas categorías kantianas, al ser tomadas por Hegel, no se contraponen sino que son “correlatos necesarios”; en lo que coloca en su propio contexto lo que, basado en Engels, sostiene Lenin. Véase G. Lukács, *Historia y conciencia de clase*, op. cit., p. 179; F. Hegel, II, pp. 464, 479, sobre la realidad.

muchas resultaron tautológicas, es decir, imposibles de concebir sin sus componentes reales dados, con lo cual poco se ganó en poder de análisis.¹⁸ Esta mala situación teórica se empeoró por el efecto obsesivo de los eslóganes y las doctrinas prefabricadas, con su propio juego de leyes, conceptos y definiciones absolutas, que como fetiches saltaban también en los movimientos populares y políticos en las regiones estudiadas. Resultaba demasiado fácil adoptar interpretaciones de otras épocas, formaciones sociales y coyunturas políticas distintas a las que en realidad se encontraban. Y esto a la larga no podía ser positivo para ganar conocimiento ni para una acción política eficaz, lo cual es ampliamente aceptado.¹⁹

Pero no estamos constatando aquí nada nuevo: en efecto, los conceptos, las definiciones y las leyes, aunque necesarios para ligar la realidad observada con la articulación intelectual, es decir, para fundamentar las representaciones de la realidad, tienen un valor limitado y circunscrito a contextos determinados para explicar eventos y procesos. Decía Rickert: “De los conceptos no podemos recoger y sacar más que lo que hemos puesto en ellos”²⁰ y, con ellos, “no podemos hacer otra cosa que echar puentes sobre el río caudaloso de la realidad, por diminutos que sean los ojos de esos puentes”.²¹ Marx ya había sugerido que cada período histórico puede tener sus propias leyes,²² y Lenin había escrito que “la ley

¹⁸ Es posible que éste sea un defecto intrínseco de toda definición, que la hace incorregible cuando cambian los marcos de referencia; en este caso, todo debe caer junto con las definiciones. Véase lo ocurrido en las ciencias físicas (T. Kuhn, *The Structure of Scientific Revolutions*, op. cit., pp. 183-184). Hegel había señalado cómo la definición “reduce la riqueza de las múltiples determinaciones de la existencia intuida a los momentos más simples”, así como otros limitantes que con frecuencia se olvidan (F. Hegel, II, pp. 700-701).

¹⁹ Véase el análisis convergente que de este problema de la falta de coincidencia entre agrupaciones políticas radicales y la visión científica global del desarrollo presenta C. Moura en *Sociología de la praxis*, México, 1976. La fetichización es evidente cuando los grupos o partidos políticos empiezan a buscar a todo trance el “Palacio de Invierno” en los contextos locales, sacrificándolos a fines meramente tácticos, etc.

²⁰ H. Rickert, *Ciencia cultural y ciencia natural*, Buenos Aires, 1943, pp. 69, 200; F. Hegel, II, pp. 516, 700.

²¹ T. Kuhn, *The Structure of Scientific Revolutions*, op. cit., p. 149, muestra el peso del aparato conceptual y del vocabulario en la reformulación de relaciones dentro de nuevos paradigmas, con su consecuente aplicación a la realidad. Y otro autor crítico nos recuerda que “los conceptos, al igual que las percepciones, son ambiguos y dependen de las anteriores experiencias de la persona, de su educación, de las condiciones generales del medio”, así como del vocabulario y del “idioma observacional” (P. Feyerabend, *Contra el método*, Barcelona, 1974, pp. 66, 619, 125-126).

²² Karl Marx, palabras finales a la segunda edición alemana de *El Capital*, 1973; y “Prefacio” a la primera edición alemana de *El Capital*, parte final, 1867. Hay que subrayar que el propósito de Marx era “descubrir la ley económica del movimiento de la sociedad moderna”, en sus propias palabras, y no una ley general o eterna.

no es más que una verdad aproximada” constituida por verdades relativas.²³ La dogmatización debía quedar así proscrita de sus obras y de las de sus seguidores más consecuentes.

Así como no resultó conveniente esperar a trabajar con conceptos estables o permanentes que dieran siempre una descripción “correcta, completa y objetiva” de los hechos, hubo de buscarse soluciones teóricas alternas que permitiesen aproximarse mejor a la realidad para entenderla y transformarla. La respuesta más adecuada la ofreció el método dialéctico aplicado en pasos alternos y complementarios, así: a) propiciando un intercambio entre conceptos conocidos, o preconceptos, y los hechos (o sus percepciones) con observaciones adecuadas en el medio social; b) siguiendo con la acción a nivel de base para constatar en la realidad del medio lo que se quería conceptualizar; c) retornando a reflexionar sobre este conjunto experimental para deducir conceptos más adecuados u obtener mejores luces sobre viejos conceptos o teorías que así se adaptaron al contexto real; y d) volviendo a comenzar el ciclo de investigación para culminarlo en la acción.

Estos pasos y ritmos podían ejecutarse *ad infinitum*, como lo veremos otra vez en la sección dedicada a la praxis y el conocimiento.²⁴

Se sabe que esta forma de trabajar dialécticamente puede evitar que las categorías nuevas se vayan acomodando a formas viejas de pensamiento, lo cual es indispensable en la creación de nuevos paradigmas.²⁵ Es lo que ocurre hasta en las ciencias naturales, pues allí también los datos van surgiendo condicionados al medio social en que se forman. Se apela entonces a planteamientos *ad hoc* que tratan de explicar las áreas no cubiertas por los paradigmas existentes o que dirigen la atención a las porciones oscuras de las explicaciones teóricas vigentes, que en muchos casos pueden ser extensas y significativas.²⁶ En los casos colombianos, muchos de estos planteamientos *ad hoc* se derivaron de un análisis

²³ “Cada fase del desarrollo de la ciencia añade nuevos granos a esta suma de verdad absoluta; pero los límites de la verdad de cada tesis científica son relativos, tan pronto ampliados como restringidos por el progreso ulterior de los conocimientos”. V. I. Lenin, *Materialismo y empiriocriticismo*, op. cit., pp. 126-127. Sin embargo, Lenin (inspirado en Engels) no dejó de sostener la existencia de “leyes objetivas” en la naturaleza, como la de las estaciones, pero éstas son más bien procesos causales o necesidades naturales. Las tesis sobre la verdad absoluta y relativa fueron también adoptadas por Mao Tse-tung en *Sobre la práctica*, Pekín, 1968, p. 330.

²⁴ F. Hegel, I, p. 50.

²⁵ P. Feyerabend, *Contra el método*, op. cit., pp. 38-40.

²⁶ T. Kuhn, *The Structure of Scientific Revolutions*, op. cit., pp. 13, 83, 152, 153, 172; J. Bernal, *Historia social de la ciencia*, Barcelona, 1976: I, 415, 417, 424, 427).

preliminar del materialismo histórico —como veremos en seguida—, pero tratando de no dejarse esclavizar por sus conceptos más específicos o por sus definiciones más corrientes, aunque hubo el peligro de que algunos vieran allí un fatal “revisionismo”.

6. Sobre la ciencia social crítica

En este limitado esfuerzo por adquirir conocimiento válido y útil a la vez, surgió finalmente otro factor que no era nuevo, sino reiterativo: la dimensión del “hecho” como proceso histórico, que la realidad es un “complejo de procesos”. Reconfirmamos por enésima vez que, en lo social, no puede haber realidad sin historia: los “hechos” deben completarse con “tendencias”, aunque éstas sean categorías distintas en la lógica.²⁷

Como era de esperarse, las tendencias o procesos aparecían simplemente como actos sucesivos válidos para contextos inmediatos, que podían eslabonarse unos a otros para dar dirección a un cambio y sentido a una transformación social de mayor alcance. Había tendencia en las tomas de tierras, por ejemplo, hacia un desafío a fondo de la estructura latifundista tradicional; y este desafío podía llevar, a su vez, a trastocar los basamentos del poder político local y regional. Siendo que estas tendencias venían del pasado (aunque, evidentemente, otras se iniciaron en estos años de experiencia), su comprensión no era posible sin adentrarse en la historia, y mucho menos se sentía nadie capacitado para proyectarlas al futuro sin entender lo que venía del ayer mediato e inmediato.

La adición definitiva de la historia en este esquema para comprender la realidad objetiva (una convicción que, en verdad, venía de mucho antes, desde los primeros estudios de Saucío en 1955 y Boyacá en 1957), terminó por romper el paradigma normal y la vigencia de la sociología positivista y académica. Ya no parecía posible transformar esta sociología académica, desde su interior, en instrumento revolucionario. La conocida en Colombia se había concebido en términos de los intereses conservadores de clase y de poder social y político de la burguesía dominante:

²⁷ Plantear los “hechos” puros o simplemente empíricos es cosificar la realidad y abandonar el método dialéctico, sostiene G. Lukács, *Historia y conciencia de clase*, op. cit., pp. 236-239. Lo correcto es tratarlos como lo hace Rosa Luxemburgo en *¿Reforma social o revolución?*, donde las tendencias se convierten en hechos, pues éstos en sí mismos “constan de procesos”. K. Marx, *El Capital; Miseria de la filosofía*, Buenos Aires, 1971, III, I, p. 316.

ésta no podía suicidarse intelectualmente con su propio instrumento. En las regiones estudiadas se sentía la necesidad de contar con una sociología que fuese ante todo una ciencia social inspirada en los intereses de las clases trabajadoras y explotadas; se necesitaba de una “ciencia popular”, como se definió al comienzo del trabajo, que fuera de mayor utilidad en el análisis de las luchas de clases que se advertían en el terreno, así como en la acción política y proyección futura de las clases trabajadoras como actores en la historia (más adelante volveremos a este punto fundamental).

En esta nueva ciencia social del pueblo y para el pueblo trabajador había necesidad de integrar diversas disciplinas: no era con la sociología sola, ni ésta como fundamento general. Era el materialismo histórico, como filosofía de la historia, el que brindaba el punto culminante de la unificación, como se había demostrado en otras épocas y latitudes, por muchos estudiosos competentes.²⁸ Con el materialismo histórico, como decía Lukács, se estaba ya en capacidad de “revelar la esencia del orden social capitalista y atravesar con los fríos rayos de la ciencia los velos puestos por la burguesía para encubrir la situación de la lucha de clases, la situación real”: podía ser al mismo tiempo guía científica e instrumento de lucha.²⁹

Las otras disciplinas que en este plano podían integrarse a la sociología y a la historia, eran la economía, la geografía, la psicología, la antropología, la ciencia política y el derecho, hasta llegar a redondear algo que se acerca a lo que se denominaba *economía política* en el siglo XIX; pero con los elementos de “teoría crítica” que Marx y Engels, como figuras cumbres, les añadieron en sus obras y en su propia acción política, elementos que retomaron otros científicos sociales, entre ellos algunos miembros de la Escuela de Frankfurt en las décadas de 1950 y 1960, así como marxistas de diversas nacionalidades desde hacía varias décadas. Se esbozaba así una “ciencia social crítica” que no era nueva, pero cuya necesidad actual llevaba a aplicarla con mayor intensidad y dedicación.³⁰

²⁸ Siguiendo a Rickert y otros, no consideramos al materialismo histórico como ciencia al mismo nivel de las otras, sino como filosofía de la historia, en lo cual creemos que somos fieles a los propósitos de Marx, quien, como se sabe, sólo habló de los “fundamentos materialistas” de su método de investigación (en realidad la designación no es de Marx sino de Engels), F. Rickert, *Ciencia cultural y ciencia natural*, op. cit. Véase también T. Bottomore y M. Rubel, *Karl Marx: Selected Writings in Sociology and Social Philosophy*, op. cit., pp. 35-36.

²⁹ G. Lukács, *Historia y conciencia de clase*, op. cit., p. 91.

³⁰ Véase A. Solari, R. Franco y J. Jutkowitz, *Teoría, acción social y desarrollo en América Latina*, op. cit., pp. 66-67. Los autores señalan con justeza la “pobreza de la discusión epistemológica en

No se logró en un primer momento, por los limitados grupos comprometidos en estos experimentos, articular coherentemente el paradigma alternativo de la ciencia social crítica; pero pudieron barruntar aproximadamente por dónde podía andar el nuevo esfuerzo investigativo regional, basándose en experiencias e informaciones anteriores pertinentes de Colombia y otros países. A medida que se avanzaba, se vio que el reto para tales grupos era francamente epistemológico, puesto que habían de entenderse a fondo las implicaciones teórico-prácticas y filosóficas de lo que se había llamado, con cierto entusiasmo ingenuo, *investigación-acción*. Estas implicaciones y sus consecuencias son objeto de análisis en las secciones que siguen.

LA PRAXIS Y EL CONOCIMIENTO

El rechazo del positivismo y de las técnicas “objetivas” de investigación inspiradas en el modelo conocido de la integración y el equilibrio social no podía dejar la orientación de los nuevos trabajos regionales en el vacío; esto hubiera equivalido a rechazar la ciencia misma. Había, pues, que sustituir la estructura científica inicial de los trabajos por otra más adecuada a las necesidades reales y a la naturaleza de las tareas investigativas concretas en esas regiones.

En la sección anterior se dieron indicaciones de cómo se fue formando un paradigma científico alternativo en el campo de la metodología y en la concepción de la realidad. La adopción del materialismo histórico como guía científica e instrumento de lucha fue un paso en esta dirección.

Pero la idea central alrededor de la cual cristalizó lo que pudiera considerarse como base del paradigma alternativo fue la posibilidad de crear y poseer conocimiento científico en la propia acción de las masas trabajadoras: que la investigación social y la acción política, con ella, pueden sintetizarse e influirse mutuamente para aumentar tanto el nivel de eficacia de la acción como el entendimiento de la realidad.³¹ Tomando

América Latina” y la poca atención que prestamos a los aportes de la Escuela de Frankfurt, especialmente en los años que tuvimos la polémica sobre *ciencia, crisis y compromiso* (1968-1970). En efecto, sólo se leía a Marcuse, mientras que otras obras pertinentes, como las de Horkheimer y Habermas, sólo se conocieron en inglés o español después de 1970.

³¹ O. Fals Borda, *Ciencia propia y colonialismo intelectual*, op. cit., pp. 55, 58, 66, 67, 73, 74; Fundación Rosca de Investigación y Acción Social, *Ciencia popular, causa popular*, op. cit., pp. 44-50; R. Stavenhagen, “Decolonizing Applied Social Sciences”, en *Human Organization*, vol. 30, N° 4, 1971, p. 339; H. Moser, *Anspruch und Selbstverstaendnis der Aktionsforschung: Zeitschrift für Paedagogik*, vol. 22, N° 3, 1976, pp. 357-368. Véase también la discusión sobre los títulos que puede tener la investigación-acción como nuevo paradigma, presentada por Moser.

en cuenta que “el criterio de la corrección del pensamiento es, por supuesto, la realidad”, el último criterio de validez del conocimiento científico venía a ser, entonces, la praxis, entendida como una unidad dialéctica formada por la teoría y la práctica, en la cual la práctica es cíclicamente determinante.³²

El descubrimiento de la praxis como elemento definitorio de la validez del trabajo regional no era, de ninguna manera, la base de un nuevo paradigma general en las ciencias sociales nacionales, puesto que ese descubrimiento, como ya se dijo, venía de muy atrás y, en efecto, se había aplicado en diversos contextos, dentro y fuera del país. El “nuevo” paradigma era viejo según otros criterios; lo que faltaba en este caso era conocerlo mejor y abrirle posibilidades adicionales de aplicación en medios y organizaciones sociales y políticas diversas, donde indudablemente se justificaba su adopción.³³

El punto de partida de esta discusión no fue la primigenia definición aristotélica de *praxis* como acción o ejercicio para alcanzar la bondad y la justicia en la formación del carácter, sino la que la define como acción política para cambiar estructuralmente la sociedad. Su fuente es el descubrimiento que hizo Hegel de que la actividad como trabajo es la forma original de la praxis humana —que el hombre es resultado de su propio trabajo—, descubrimiento que luego elaboró Marx como “acción instrumental”, es decir, como la actividad productiva que regula el intercambio material de la especie humana con su medio ambiente natural.³⁴ El principio de la praxis original, llevado al campo del conocimiento como

³² “El punto de vista de la vida, de la práctica, debe ser el punto de vista primero y fundamental de la teoría del conocimiento”. V. I. Lenin, *Materialismo y empiriocriticismo*, op. cit., p. 133). La cita sobre la realidad proviene de G. Lukács, *Historia y conciencia de clase*, op. cit., p. 261.

³³ Dentro de las izquierdas colombianas, sólo el Partido Comunista ha tenido una política fija de investigación socioeconómica relacionada parcialmente con sus trabajos; publica *Estudios marxistas* con textos de sus investigadores-militantes. Agrupaciones socialistas empiezan a hacer lo mismo. Y ha habido estudios pertinentes anteriores de marxistas, como Luis E. Nieto Arteta, Ignacio Torres Giraldo y otros.

En este sentido, se ha olvidado con frecuencia que las vinculaciones entre la teoría y la práctica son evidentes para quienes han desarrollado la ciencia y la técnica modernas como bagaje de la burguesía dominante o para la defensa del *statu quo*. Su gama corre desde la izquierda hasta la derecha política: véase H. Moser, *Anspruch und Selbstverstaendnis der Aktionsforschung: Zeitschrift für Paedagogik*, op. cit., p. 366 y sus referencias. P. A. Clark, *Action Research and Organizational Change*, Londres, 1972. Norman Birnbaum recuerda el “Moynihan Report” sobre desarrollismo como un caso de “investigación activa” de este tipo. N. Birnbaum, *Hacia una sociología crítica*, Barcelona, 1974, p. 209.

³⁴ F. Hegel II, pp. 622, 667-663, 614-680, establece la relación entre la teleología del hombre y la autofinalidad de la naturaleza que el hombre utiliza en su trabajo. Véase E. Mandel, *La formation de la pensée économique de Karl Marx*, París, 1972, p. 1947.

relaciones entre teoría y práctica, cristaliza en ocho de las once *Tesis sobre Feuerbach* (1888), especialmente en la segunda y la undécima. Estas *Tesis* de Marx pueden considerarse, a nivel filosófico, como la primera articulación formal del paradigma de la ciencia social crítica: la comprometida con la acción para transformar el mundo, en contraposición al paradigma positivista que interpreta la praxis como simple manipulación tecnológica y control racional de los procesos naturales y sociales.³⁵

En el contexto concreto del trabajo regional aquí examinado, lo que se llamó *teoría* envolvía preconceptos, ideas preliminares o informaciones externas (exógenas) relacionadas a “cosas en sí”, procesos, hechos o tendencias que se observaban en la realidad, como viene explicado; y *práctica* quería decir la aplicación de principios o de información derivada de la observación, aplicación realizada primordialmente por los grupos de base, como actores y controladores del proceso, con quienes los investigadores compartían la información y hacían el trabajo de campo. Estos pasos se podían dar en forma simultánea, o siguiendo el ritmo reflexión- acción con acercamientos y distanciamientos de la base, como quedó explicado en la sección anterior. La idea era propiciar un intercambio entre conceptos y hechos, observaciones adecuadas, acción concreta o práctica pertinente para determinar la validez de lo observado, vuelta a la reflexión según los resultados de la práctica, y producción de preconceptos o planteamientos *ad hoc* a un nuevo nivel, con lo cual podía reiniciarse indefinidamente el ciclo rítmico de la investigación-acción.

Aunque no pudieron aplicarse estos principios en toda su extensión por razones diversas (véase más adelante), esta modalidad experimental de trabajo produjo buenos avances tanto en la acumulación del conocimiento científico de la realidad regional como en la acción política y organizativa (coyuntural) de los grupos de base interesados. Se afianzó así la certeza del principio de la praxis para determinar la validez de los

³⁵ También, “human engineering” a la Kurt Lewin, o la “ciencia aplicada”, como se ha entendido normalmente. Véase J. Habermas, *Theory and Practice*, Boston, 1974, pp. 263-267, sobre “el aislamiento positivista de la razón y de la decisión”. Una de las primeras discusiones sobre las *Tesis* como clave de la obra de Marx, y su traducción a una “filosofía de la práctica” (praxis), es la de Gentile (1899), citado por T. Bottomore y M. Rubel, *Karl Marx: Selected Writings in Sociology and Social Philosophy*, op. cit. Cabe señalar aquí que existe, efectivamente, una “filosofía de la praxis” relativamente desarrollada por Lenin, Gramsci, Lukács y otros, pero que no ha avanzado mucho más allá de las *Tesis sobre Feuerbach* como criterio de orientación o validación; mientras que no hay como tal una “metodología de la praxis”, a menos que ésta se traduzca, como intentamos hacerlo aquí, a elementos de la investigación activa con la orientación del materialismo histórico. Es decir, no alcanzamos a advertir en la idea de praxis ningún elemento que permita convertirla, en sí misma, en una categoría analítica.

trabajos locales, y las posibilidades de desarrollar allí el paradigma alterno de la ciencia social crítica. Varios ejemplos podrán ilustrar este aserto.

1. La hipótesis del “arma cultural” como elemento movilizador de masas había sido expuesta y aplicada por las organizaciones revolucionarias vietnamitas (entre otras).³⁶ En Colombia, esta hipótesis no había sido ensayada en firme ni en grande, en parte por considerar –erróneamente, en nuestra opinión– que el “frente cultural”, con sus expresiones costumbristas, artísticas e intelectuales, debía tener una baja prioridad en la lucha contra el imperialismo y la burguesía. Con la información preliminar sobre la experiencia vietnamita se decidió estimular el “frente cultural” en una región donde la música popular tiene grande arraigo. A raíz de estos ensayos se obtuvo la formación de conjuntos que cambiaron la música romántica tradicional para darle un contenido de protesta revolucionaria, lo cual sirvió para la movilización y politización de masas campesinas en esa región. Al mismo tiempo, en el campo del conocimiento, se logró un mayor entendimiento del origen, sentido e historia real de esa música como la concibe el pueblo que la canta e interpreta, y no la burguesía que la baila; y se rompieron algunos esquemas clásicos de la historia cultural nacional sostenidos por intelectuales y artistas de la burguesía.

2. La hipótesis de la “recuperación crítica de la historia” lleva a examinar el desarrollo de las luchas de clase del pasado para rescatar de ellas, con fines actuales, aquellos elementos que hubieran sido útiles para la clase trabajadora en sus confrontaciones con la clase dominante. El período crítico de 1918 a 1929, cuando surgieron los primeros sindicatos en Colombia, era casi un misterio para los historiadores colombianos, así como para las organizaciones políticas. Este misterio no empezó a revelarse sino cuando uno de los principales dirigentes de esa época, Juana Julia Guzmán, ya octogenaria, constató el resurgimiento de la lucha campesina en 1972 y se reincorporó a ella. Antes se había resistido a dar ninguna información a los historiadores burgueses y liberales que se le habían aproximado con ese fin. Con la incorporación de Juana Julia al movimiento campesino se obtuvieron los primeros datos fidedignos sobre el papel del anarcosindicalismo en los primeros sindicatos colombianos y el origen del Partido Socialista del país, datos que fueron publicados en un folleto ilustrado que, por un tiempo, era la única fuente citable sobre este importante desarrollo político en Colombia.

³⁶ W. Burchett, *El triunfo del Vietnam*, Buenos Aires, 1969.

Simultáneamente, la recuperación de ese período de luchas y de uno de sus viejos dirigentes dio continuidad histórica y mayor impulso ideológico y organizativo al movimiento regional de “usuarios campesinos” entre 1972 y 1974, para llevarlo a una posición de avanzada que le fue reconocida en todo el país.

3. La teoría de la “lucha y violencia de clases” como una constante histórica, ampliamente conocida, se confrontó en una región colombiana con similares resultados pedagógicos y políticos. Con ella en mente se descubrió que, a principios del siglo XX, una diócesis había usurpado las tierras de un resguardo indígena para hacer allí un seminario. La investigación histórica de archivo y notaría sobre este tema –como la local en el terreno– llevó no sólo a confirmar la teoría y enriquecer el conocimiento de la región y su historia desde el punto de vista de la lucha de clases, sino a proveer al movimiento indígena de las armas formales y del conocimiento ideológico y político necesarios para enfrentarse al obispo y recuperar a la fuerza la tierra, en una gran victoria popular.

En cada uno de estos casos se determinó la validez del conocimiento por los resultados objetivos de la práctica social y política, y no mediante apreciaciones subjetivas.³⁷ Así lo aleatorio quedó circunscrito por la acción concreta y el conocimiento pertinente, es decir, hubo cierto control de desemboque de coyunturas que no hubiera sido posible de otra forma. Estos casos tenían referentes teóricos anteriores o exógenos, algunos de ellos basados en experiencias y reflexiones específicas de otras partes, lo cual no invalida la posibilidad de crear conocimiento absolutamente original, de esta misma forma. De todos modos, es demostrable que en esos casos se obtuvo, y se creó, conocimiento científico en la propia acción de masas, pasando éste a ser patrimonio general de los grupos de base y particular de la ciencia social crítica. Al mismo tiempo, se alimentó la lucha popular con ese mismo conocimiento, y recibió así un impulso importante dentro de las opciones ofrecidas por las coyunturas. De allí que pueda sostenerse otra vez que la praxis tiene fuerza definitoria, y que vincular en nuestro medio la teoría a la práctica en el ámbito del cambio radical o revolucionario no es ni tan difícil ni tan complejo como parece.³⁸

³⁷ Mao Tse-tung, *Algunas cuestiones sobre los métodos de dirección*, op. cit., p. 319.

³⁸ No parece necesario elaborar más este punto. Para el efecto consúltense las observaciones convergentes que al respecto hacen T. Kuhn, *The Structure of Scientific Revolutions*, op. cit., pp. 52, 141 y 147 (la distinción artificial entre hecho y teoría), pp. 33-34 (la acción simultánea de la experimentación y la formación de la teoría); J. Habermas, *Theory and Practice*, op. cit., pp. 78-79

Queda, sin embargo, un interrogante por resolver a este respecto: el del papel de la organización de base en la obtención y utilización del conocimiento y en la ejecución de la praxis. Sin esa organización no se habría ido tan lejos, ni se habrían obtenido los datos con la profundización necesaria, ni éstos habrían tenido la trascendencia y utilidad política que alcanzaron. Pero esto también dependía del tipo de organización y de la naturaleza de las relaciones establecidas entre los investigadores y las bases, lo cual es el tema de la sección que sigue.

SABER POPULAR Y ACCIÓN POLÍTICA

Si se admite que la praxis de validación, como la concebimos aquí, es ante todo política, la problemática de la investigación-acción lleva necesariamente a calificar las relaciones entre los investigadores y las bases populares o sus organismos con los cuales se desarrolla la labor política. Éste es un aspecto fundamental del método de investigación, porque, como queda dicho, el propósito de éste es producir conocimiento que tenga relevancia para la práctica social y política: no se estudia nada porque sí. Siendo que la acción concreta se realiza a nivel de base, es necesario entender las formas como aquélla se nutre de la investigación, y los mecanismos mediante los cuales el estudio a su vez se perfecciona y profundiza por el contacto con la base.

En la investigación-acción es fundamental conocer y apreciar el papel que juega la sabiduría popular, el sentido común y la cultura del pueblo, para obtener y crear conocimientos científicos, por una parte; y reconocer el papel de los partidos y otros organismos políticos o gremiales, como contralores y receptores del trabajo investigativo y como protagonistas históricos, por otra. A estos aspectos fundamentales se dedica, necesariamente, el resto del trabajo, más aún tomando en cuenta que son tópicos relativamente poco tratados en la literatura crítica. Pueden analizarse ordenadamente de la siguiente manera:

(la filosofía de la historia como guía de la praxis y el sentido político de ésta); G. Lukács, *Historia y conciencia de clase*, op. cit., pp. 21-22 (punto de partida de la práctica), 263, 347 (de teoría de la práctica a teoría práctica); J. G. Fichte, *Principios fundamentales de la ciencia del conocimiento*, Madrid, 1913, I, p. 79 (sobre la práctica y la reflexión); A. Gramsci, *La formación de los intelectuales* (de Cuadernos de la cárcel), Bogotá, s.f., pp. 72-74 (sobre el nexo entre teoría y práctica, sus relaciones con el sentido común y el papel de la comunidad científica); L. Althusser, *Réponse á John Lewis*, París, 1973, p. 36 (prioridad de la práctica sobre la teoría y del ser sobre el pensar); y otros.

1. Estudiando las relaciones recíprocas entre sentido común, ciencia, comunicación y acción política.
2. Examinando la interpretación de la realidad desde el punto de vista proletario, según “categorías mediadoras específicas”.
3. Estudiando cómo se combinan sujeto y objeto en la práctica de la investigación, reconociendo las consecuencias políticas de esta combinación.

Analizaremos cada uno de estos tres problemas, en lo que toca a la experiencia colombiana objeto del presente estudio.

1. Sobre el sentido común

Algunas de las investigaciones regionales emprendidas se inspiraron inicialmente en una concepción casi romántica de “pueblo”, hasta el punto de inclinarse a ver en las opiniones y actitudes de éste toda la verdad revolucionaria. Esta tendencia obviamente errónea, de creer que “las masas nunca se equivocan”, provenía de escuelas políticas en que se había enfatizado la identificación personal del estudiantado y de los intelectuales con las masas, demandando demostraciones palpables del compromiso, tales como callos en las manos, y una forma de vida franciscana a tono con la pobreza de los tugurios y caseríos rurales en que se hacía el trabajo. En la práctica este “masoquismo populista” no llevó a ninguna parte: no era ésta la mejor forma de vincularse con las masas trabajadoras, por no ser intelectual ni humanamente honesta, y por pecar de un objetivismo extremo que, en el fondo, corresponde a la intelectualidad pequeñoburguesa.³⁹

Pero, evidentemente, como reacción al intelectualismo académico del que venían muchos investigadores, se quiso probar la potencialidad científica de la vinculación con las bases, creando grupos de referencia constituidos por campesinos, obreros e indígenas.⁴⁰ La meta era reducir la distancia entre el trabajo manual y el trabajo intelectual, para que los obreros, campesinos e indígenas no siguieran subyugados espiritualmente a los intelectuales. Se quería estimular sus cuadros más avanzados para

³⁹ E. Mandel, *La formation de la pensée économique de Karl Marx*, op. cit., pp. 51-61.

⁴⁰ O. Fals Borda, *Ciencia propia y colonialismo intelectual*, op. cit., pp. 58-61; A. Gramsci, *La formación de los intelectuales* (de Cuadernos de la cárcel), op. cit, p. 81.

que asumieran por lo menos algunas tareas investigativas y analíticas que se consideraban monopolio de los técnicos y de los burócratas.

Como no había plena claridad en cuanto a la orientación ideológica de los trabajos –excepto una idea muy general y algo ingenua de compartir la búsqueda de la conciencia proletaria con las bases–, pronto surgió el celo partidista para hacer ver que este tipo de trabajo de “intelectuales independientes” era “voluntarista”, por relegar a segundo plano a los activistas y a los cuadros políticos organizados (investigadores-militantes). Estas dificultades políticas impidieron la realización plena de aquellos principios metodológicos, en estos casos.

La primera inspiración de este tipo de trabajo –quizás no muy bien interpretada– iba en otra dirección que no era la de hacer competencia a los partidos o a sus cuadros: era la de la experiencia pedagógico-política directa con las clases trabajadoras. Su origen era Gramsci y su tesis de que es necesario “destruir el prejuicio de que la filosofía es algo sumamente difícil por tratarse de una actividad propia de determinada categoría especializada de letrados”.⁴¹ Por el contrario, se creía, con él, que existe una “filosofía espontánea” contenida en el lenguaje (como conjunto de conocimientos y conceptos), en el sentido común y en el sistema de creencias o folklore que, aunque incoherente y dispersa, tiene valor para articular la praxis a nivel popular. Gramsci señalaba como una debilidad mayor de las izquierdas el “no haber sabido crear la unidad ideológica entre los de arriba y los de abajo (como se había hecho en la Iglesia católica), entre los sencillos y los intelectuales”, punto de vista de gran importancia para romper con la tradición académica e implementar el compromiso de los intelectuales. Además, para el mismo autor, “toda filosofía tiende a convertirse en el sentido común de un ambiente así mismo restringido (el de todos los intelectuales)”, lo cual vino a relativizar el problema y a reforzar la decisión de aquellos grupos de investigadores de vincularse a las bases en las regiones.⁴²

⁴¹ “Todos los hombres son filósofos”- A. Gramsci, *La formación de los intelectuales* –de Cuadernos de la cárcel–, op. cit., p. 61).

⁴² Véase A. Gramsci, *La formación de los intelectuales* (de Cuadernos de la cárcel), op. cit, pp. 69-70. En cambio, para Fichte la “filosofía popular” está llena de errores porque no logra “presentar la prueba de las cosas como hechos” y no puede “llegar a comunicarla”. J. G. Fichte, *Principios fundamentales de la ciencia del conocimiento*, II, op. cit., p. 46.

Por supuesto, ni Gramsci ni los investigadores aludidos trataban de introducir una ciencia nueva en la vida individual de las masas. Querían dar utilidad crítica a la actividad ya existente, haciendo que la “filosofía de los intelectuales” tomara en cuenta con mayor fidelidad las realidades encontradas y fuera como la culminación del progreso del sentido común; porque como lo sostiene el mismo Gramsci, el sentido común implica un principio de causalidad serio, que se desarrolla quizás de una manera más exacta e inmediata que la ofrecida por juicios filosóficos profundos o por observaciones técnicas sofisticadas. En esto se registran casos anteriores importantes, basados en la transformación de experiencias cotidianas en conocimiento filosófico o científico: el de Kant, por ejemplo, cuyas interpretaciones newtonianas en su *Crítica de la razón pura* van selladas por una racionalidad que no era otra cosa que el sentido común de su época;⁴³ o el de Galileo, cuya “teoría del ímpetu” expresada en sus primeros escritos sobre la mecánica (*De motu*) era la expresión de la opinión común sobre el movimiento, a partir del siglo XV.⁴⁴

Veamos cómo se tradujo el principio del sentido común a la realidad del trabajo de campo regional en Colombia, recordando nuevamente la naturaleza experimental y preliminar de esas labores.

Primeramente había que tomar en cuenta el saber y la opinión experimentada de los cuadros y de otras personas informadas de las regiones y localidades. Esto se refería ante todo a los problemas socio-económicos regionales y sus prioridades, en lo cual la confianza de los investigadores fue retribuida con creces. La riqueza factual de la experiencia campesina se reflejó en la organización de acciones concretas, como las tomas de tierras; en la interpretación de la agricultura como técnica y como forma de vida; sobre la adopción de costumbres y prácticas nuevas en el medio tradicional; y sobre la utilización de la botánica, la herbología, la música y el drama en el contexto regional específico. En estas actividades, como en otras, se registraron muchos más éxitos que fracasos, lo cual confirmó la secular convicción sobre las posibilidades intelectuales y creadoras del pueblo.

⁴³ C. Wright Mills, *De hombres sociales y movimientos políticos*, México, 1969, p. 111.

⁴⁴ P. Feyerabend, *Contra el método*, op. cit., pp. 63, 189. Al político norteamericano Adlai Stevenson se le atribuye el siguiente pensamiento: “En la gente sencilla hay visión y propósito. Muchas cosas se revelan a los humildes que se esconden a los grandes. Espero recordar las grandes verdades que son tan obvias (entre los sencillos) cuanto que en otras partes se oscurecen”. *Time*, 24 de enero de 1977, p. 17.

Luego, había que llegar con ideas e informaciones a las bases e ilustrar o modificar el sentido común para convertirlo en “buen sentido” (Gramsci). Este problema enfocaba la tesis más general del destino del conocimiento.

Por lo que viene explicado, la investigación activa no se contenta con acumular datos como ejercicio epistemológico, que lleve como tal a descubrir leyes o principios de una ciencia pura, ni hacer tesis o disertaciones doctorales, porque sí. Ni tampoco investiga para propiciar reformas, por más necesarias que parezcan, o para el mantenimiento del *statu quo*. En la investigación activa se trabaja para armar ideológica e intelectualmente a las clases explotadas de la sociedad, para que asuman conscientemente su papel como actores de la historia. Éste es el destino final del conocimiento, el que valida la praxis y cumple el compromiso revolucionario.

Como mucha de la información se originaba en el terreno, con las bases, el asunto planteaba la devolución de ese conocimiento a las bases. Esta devolución no podía darse de cualquier manera: debía ser sistemática y ordenada, aunque sin arrogancia. En esto se trató de seguir el conocido principio maoísta, “de las masas, a las masas”. También se prestó atención a la experiencia vietnamita sobre la utilización de la cultura popular para fines revolucionarios.⁴⁵

El principio de la “devolución sistemática” fue uno de los que más energías desató y más polémicas suscitó, quizás por tocar con elementos obvios que muchas organizaciones gremiales y políticas habían relegado a segundo plano, no obstante su importancia. Porque asegurar la comprensión de lo que uno hace, dice o escribe, puede marcar la diferencia entre el éxito y el fracaso en un movimiento político o social. Hasta un filósofo ilustrado como Fichte se preocupó por la comunicación de sus ideas, y no tuvo reparos en “traducir” algunos de sus complicados tratados, para “obligar a comprender al lector”, como él mismo dijo, con una “exposición clara como la luz del sol, al alcance del gran público” (1801).

El esfuerzo de comunicarse implica, por lo menos, reconocer las posibilidades de comprensión de nuevas ideas por las bases. Si no todos los hombres son filósofos formales, por lo menos los espontáneos abundan, decía Gramsci. En los casos colombianos, el problema radicaba en cómo llegar a las bases, no con simple información periodística o

⁴⁵ Mao Tse-tung, *Algunas cuestiones sobre los métodos de dirección*, Pekín, 1968, III, p. 119.

educacional (con lo que podían ya estar suficientemente bombardeadas) sino con conocimiento científico de la realidad que les creara conciencia de clase revolucionaria y disolviera la alienación que les impedía entender la realidad y articular su lucha y defensa colectiva.⁴⁶

Se ensayaron, en consecuencia, actividades diseñadas a romper, aunque fuera parcialmente, la barrera cultural con las bases campesinas, obreras e indígenas. Se trató de ajustar aquellos principios y técnicas de comunicación a la situación colombiana, reconociendo que el nivel de desarrollo político y educativo de los grupos de base era bastante deficiente. Se aplicó, pues, la regla ya señalada, de comenzar trabajos a nivel de la conciencia política de las bases, para llevarlas sucesivamente al “buen sentido” y a la conciencia revolucionaria de clase. Esta ingente tarea hubo de quedar inconclusa en los ámbitos nacional y regional por diferentes causas, algunas de las cuales se especifican más adelante, la más importante de las cuales fue el hecho de que los investigadores activos, como tales, no podían asumir ningún papel como vanguardia política, aunque hubiese, en efecto, un vacío en este campo.

No obstante, la experiencia pedagógico-política pudo desarrollarse en algunos aspectos:

- En primer lugar, ante el creciente reconocimiento de la importancia de hacer estudios para racionalizar y hacer más eficaz la acción de los organismos gremiales y políticos, se impulsaron estudios históricos y socio-económicos regionales (costa atlántica, litoral pacífico, Cauca, Antioquia, Valle del Cauca). Así se cubrieron temas como el origen del latifundio, la formación de las clases campesinas, historias de comunidades, historias de movimientos populares, la situación actual de la educación primaria, factores de represión y violencia estatal, etc.
- Estos estudios se plantearon en consulta con las bases (sus cuadros más avanzados ante todo), tomando en cuenta lo ya dicho sobre la experiencia popular, la determinación de prioridades y metas de los grupos de base, y el control de la información. Así se publicaron, con el acuerdo de las bases y buscando simplicidad de expresión, libros como la *Historia de la cuestión agraria en Colombia* (1975); *Modos de producción y*

⁴⁶ Véase E. Mandel, *La teoría leninista de la organización*, México, 1974, pp. 61-69. Este conocimiento científico, evidentemente, es el producido por los investigadores activos y los militantes comprometidos con las bases, según principios metodológicos expuestos en este estudio.

formaciones sociales en la costa atlántica (1974); *La cuestión indígena en Colombia*, por Ignacio Torres Giraldo (1975); *María Cano, mujer rebelde*, por Ignacio Torres Giraldo (1973); *En defensa de mi raza*, por Manuel Quintín Lame (1972); *Por ahí es la cosa* (1972), y otros similares.

- En segundo lugar, con ayuda de los cuadros más avanzados del ámbito local, se prepararon y publicaron textos ilustrados, también de fácil comprensión y lectura, derivados del mismo trabajo de campo (*Lomagrande, Tinajones, Felicita Campos, El Boche*, etc.). Así, las bases eran prácticamente las primeras en conocer los resultados de las investigaciones emprendidas. Para mantener este impulso, se fueron transmitiendo al personal de cuadros, mediante manuales y cursillos, las técnicas y el conocimiento necesarios. A los impresos se añadieron luego materiales audiovisuales, películas de cortometraje (*Mar y pueblo, La hora del hachero*, etc.), filminas, transparencias y, por último, grabaciones educativas y el empleo de conjuntos musicales y dramáticos de las propias localidades.
- En tercer lugar, se creó en 1974 una revista nacional de crítica política y oposición, *Alternativa*, para ampliar el contacto con las bases e incluir en éstas a porciones de la pequeña burguesía y clase media colombiana. El fenomenal éxito de esta revista, que llegó a ser, en cinco meses, la segunda en circulación del país, con 52.000 ejemplares, indicó que se iba por buen camino, por lo menos en la tarea de politizar a los sectores medios. En este intento colaboraron importantes agrupaciones de izquierda. Pero el afán de enfatizar el contacto con los grupos de base campesinos, obreros e indígenas a expensas de los medios, llevó a una sonada crisis pública nacional que no fue nada positiva para las causas que los diversos grupos participantes apoyaban, con la división sucesiva de la revista y su temporal suspensión.⁴⁷ Así, la comunicación con las bases en el campo periodístico ayudó poco a superar la alienación y la ignorancia de nadie para llegar al “buen sentido” y la conciencia revolucionaria de clase, debido al “canibalismo” desatado y a la confusión sobre los fines de la revista con relación a los intereses de los grupos responsables.

⁴⁷ El presente autor fue de opinión de organizar dos revistas, una como venía y otra para las bases, en lo que contó con el acuerdo del escritor García Márquez, vocero de la contraparte; pero este arreglo fue rechazado por el nuevo grupo editorial de Bogotá, que había asumido, equivocadamente, una actitud triunfalista. La fórmula intermedia de *Alternativa del Pueblo* falló muy pronto, a los seis meses. La otra *Alternativa* (del grupo García Márquez), suspendió temporalmente en diciembre de 1976, luego de un recorrido meritorio como crítico de la sociedad y del Estado colombiano. Reanudó la publicación en abril de 1977.

- En cuarto lugar, mediante cursillos especiales y el texto vulgarizado *Cuestiones de metodología* (1974), se fueron dando a los cuadros más aptos, técnicas simples de investigación social y económica, puestas a su alcance, para permitirles realizar y continuar indefinidamente sus propios estudios con un mínimo de sistematización y análisis, sin tener que acudir a asesoría o ayuda externa: esto es, se quiso estimular la “autoinvestigación” de la comunidad y resolver, en parte, el problema del control de los trabajos y el “para quién” de la investigación.
- Finalmente, como ya se sugirió, para todos los proyectos y niveles se trató de adoptar un lenguaje directo, claro y sencillo para la comunicación de resultados. Esto obligó a revisar conceptos y definiciones, como quedó también explicado, y a combatir el estiramiento científico-académico y la verborragia especializada, lo cual llevó a diseñar formas nuevas de publicación y producción intelectual más abiertas y menos esotéricas y “descrestadoras”.

En cuanto a los grupos de referencia populares que al principio se habían postulado como alternativas de los académicos e intelectuales, éstos se conformaron por cuadros dirigentes experimentados y de cierta capacidad analítica. Pero su influencia resultó ser más práctica que teórica, más política que científica. Aunque fueron bastante útiles, la discusión estrictamente científica hubo de seguirse realizando entre profesionales identificados con el trabajo investigativo que se estaba adelantando, a quienes se llevaban las impresiones —el sentido común— de las bases.

A pesar de las grandes dificultades encontradas, estas actividades tuvieron a veces desarrollos que, en algunos aspectos, fueron asombrosos. Las dificultades e incomprendiones en su realización fueron ante todo de naturaleza política, y podían haberse previsto al recordar los cargos hechos antes sobre “voluntarismo”. Pero la principal dificultad en el manejo e interpretación de estos elementos de educación, comunicación y politización parece que estribó en olvidar parcialmente el proceso dialéctico que la praxis implica, para llevar a las bases populares principios ideológicos y conocimientos ordenadores de su propia experiencia que les permitieran avanzar en la transformación de su mundo.⁴⁸

⁴⁸ De aquí el conocido debate sobre la “inyección ideológica” desde fuera de las bases populares, que resolvió Lenin adoptando la política de intelectuales y cuadros de partido, siguiendo los lineamientos de Marx y Engels sobre la teoría de las clases sociales; V. I. Lenin, *Obras escogidas*, México, 1944, I, p. 121. Véase C. Moura, *Sociología de la praxis*, op. cit., pp. 106-108. Esta

En otras palabras, las bases envueltas en estos trabajos avanzaron ideológicamente, pero no suficientemente, porque la filosofía y el conocimiento resultantes de la investigación activa no se tradujeron, a ese nivel, en un sentido común más ilustrado, ordenado y coherente, en un “buen sentido”, que llevara a un nivel de acción política superior al existente. Se logró información para las bases, se obtuvieron datos científicos, se hicieron publicaciones y se impulsaron movimientos; pero el trabajo no cristalizó en organismos superiores o en tareas más ambiciosas de transformación social.

Esta tarea superior fue imposible hacerla a los grupos que ejecutaron la investigación-acción, porque implicaba recursos de organización política y permanencia institucional que no tenían: desde el principio habían quedado sueltos, como cuadros espontáneos. Tampoco fue posible articular firmemente esta tarea con partidos revolucionarios existentes, aunque hubo varios intentos positivos, a causa de desconfianzas mutuas que luego se demostraron irracionales.

Aun así, lo poco que se hizo en este campo pedagógico-político resaltó la importancia de entrar al aparato de convicciones de las bases y de sus dirigentes para disponerlos a actuar, y actuar con eficacia: parecía ser una manera pertinente de convertir la “psicología de clase” que se encontraba, en conciencia de clase; ayudar a transmutar la “clase en sí” en “clase para sí”.⁴⁹ Que sepamos, no se ha advertido aún otra forma mejor de convertir el sentido común en conocimiento científico, ni darle los elementos dinámicos necesarios para su propia superación política. En este campo, el reto continúa; pero este reto es, mucho más, para los partidos revolucionarios de izquierda como tales que para los intelectuales comprometidos.⁵⁰

política, no obstante, puede enriquecerse con el “diálogo” que sobrepasa las diferencias entre sujeto y objeto e impide la imposición unilateral, de arriba abajo, del nuevo conocimiento o de la nueva ideología.

⁴⁹ G. Lukács, *Historia y conciencia de clase*, op. cit., pp. 55, 83, 223, 225; P. Feyerabend, *Contra el método*, op. cit., p. 82.

⁵⁰ Una posibilidad es estudiar a fondo la interpretación fisiocrática del sentido común como “opinión pública”, formada ésta por una reflexión colectiva guiada por filósofos idóneos, y como una aplicación concreta de la praxis (control político y acción social); véase J. Habermas, *Theory and Practice*, op. cit., pp. 74-81.

SOBRE LA CIENCIA DEL PROLETARIADO

Cuando se iniciaron los experimentos de investigación-acción, en 1970 (como dijimos en la primera sección de este estudio), al rechazar la tradición sociológica positivista y académica se empezó a distinguir entre "ciencia burguesa" y "ciencia del proletariado" a la manera crítica acostumbrada por los intelectuales de izquierda. Era evidente que la interpretación dominante de la realidad y del mundo en Colombia —con su propia ciencia e ideología— era y sigue siendo la de la burguesía, dominio que, desde finales del siglo XVIII, viene combinando con el triunfo de los movimientos políticos liberales que la revolución industrial hizo posible. Esta observación elemental había enseñado objetivamente que tales interpretaciones de la realidad y del mundo vienen condicionadas por procesos impulsados por intereses de clase, esto es, por fuerzas históricas motoras que impulsan los acontecimientos en la realidad. Así como la burguesía hizo su revolución —incluyendo su ciencia como elemento coadyuvante—, podía deducirse que es posible configurar una contra-sociedad en la cual la clase social determinante sea aquella opuesta a la dominante, en este caso, y por definición, el proletariado. Es, entonces, fácil concluir que el proletariado como clase también puede desarrollar e imponer su propio sistema de interpretación de la realidad, es decir, su propia ciencia.

Por las experiencias revolucionarias exitosas (la cubana, la china, la soviética, la vietnamita y otras) se sabía que esta ciencia ha de ser concebida para entender las contradicciones del capitalismo y actuar sobre ellas, con elementos ideológicos capacitados para superar a éste. No se conoce hasta hoy otra concepción adecuada para estos fines que la propuesta con base en el materialismo histórico, cuyo desarrollo consecuente, sostenemos, ha sido y es la ciencia crítica. Porque el materialismo histórico, como filosofía de la historia, permite combinar el conocimiento con la acción: él mismo es acción. Al actual proletariado le corresponde, por lo tanto, adelantar la lucha en la cual coinciden la teoría y la práctica, tesis que ya aceptamos como válida cuando estudiamos el concepto de praxis.⁵¹

⁵¹ Lukács ha definido las funciones ideológicas del materialismo histórico como arma del proletariado: juzgar el orden social capitalista y revelar su esencia, como señalamos antes. En estas circunstancias, "el conocimiento lleva sin transición a la acción". G. Lukács, *Historia y conciencia de clase*, op. cit., pp. 90-91.

Cómo definir y determinar este proletariado como actor de la historia, incluyendo en él a los propios intelectuales que hubiesen adoptado la ideología proletaria, fue problema constante en el trabajo. Pero no se logró resolverlo. Había grupos en el campo y en la ciudad que eran, evidentemente, proletarios objetivos, y con ellos se estableció un contacto muy íntimo. De ellos se quiso reconocer y respetar su sabiduría popular y sentido común, para ver si, por allí, se podía desarrollar su propia ciencia; pero esto no dio resultados palpables. Había, evidentemente, una interpretación campesina y obrera de la historia y de la sociedad, como ésta salía de la propia entraña del pueblo trabajador, del recuerdo de sus ancianos informantes, de su tradición oral y de sus propios baúles-archivos: era una interpretación distinta de la burguesa consignada en los textos conocidos de historia. Hubo casos estimulantes en que se logró que diversos cuadros campesinos plasmaran por escrito sus concepciones ideológicas nuevas; estos escritos tuvieron un efecto positivo en la politización y creación de conciencia proletaria en otros compañeros, y sirvieron para delinear una “ciencia popular”, como se postuló en 1972.

Pero, en general, la voz de las bases tuvo acentos muy tradicionales que reflejaban el peso de la alienación a que los tenía sujetos el sistema capitalista: eran necesariamente personas educadas en, y corrompidas por, la sociedad capitalista. Hasta los cuadros considerados avanzados muchas veces demostraron no tener conciencia clara de su acción en la historia, mucho menos capacidad para articular una interpretación científica de su propia realidad ni proyectarla hacia el futuro.

Así, con característica impaciencia, fueron los investigadores activos y sus aliados intelectuales quienes hubieron de definir lo que querían como “ciencia popular” en contraposición a la burguesa, e inyectar su propia definición intelectual en el contexto de la realidad. Era como buscar un fantasma: a falta de uno, sintieron la necesidad de crearlo. Y el resultado fue una aplicación especial del concepto de inserción en el proceso social, para “colocar el conocimiento al servicio de los intereses populares”, como se dijo, y no ante todo derivarlo de las condiciones objetivas del proletariado, como hubiera sido teóricamente más correcto.⁵²No obstante,

⁵² “A medida que la lucha del proletariado toma forma con mayor claridad, [los teóricos] no tienen más necesidad de encontrar una ciencia en sus propias mentes; sólo tienen que observar lo que ocurre ante sus ojos y hacerse sus vehículos de expresión”, para llegar a ser “ciencia revolucionaria”. K. Marx, *El Capital*, p. 109; *Miseria de la filosofía*, op. cit., p. 191.

se llegó a proponer y aplicar pautas cooperativas de investigación con los grupos proletarios del campo, en que éstos tomaron un papel activo, en la solución de este problema.

En todo caso, ante la dureza de este problema real, los fundamentos de la orientación y validación del trabajo de campo y de la búsqueda científica siguieron siendo los del materialismo histórico y la praxis que éste implica. Como el materialismo histórico era patrimonio casi exclusivo de los investigadores activos e intelectuales comprometidos, éstos no tuvieron otro camino que compartirlo y difundirlo en la base como ideología, lo cual llevó a adoptar como “categorías mediadoras específicas” las que de manera clásica se exponen como postulados generales del marxismo. En esta forma, lo que se llamó “ciencia popular” tuvo que ser un calco ideológico de algunas tesis generales del materialismo histórico como se han desarrollado en diversos contextos y en diferentes formaciones sociales, es decir, se cayó en la más grande forma histórica del dogmatismo, que es la mimesis.⁵³

Esta transferencia de conceptos y categorías dadas resultó acertada en algunos aspectos y desacertada en otros. En la práctica no se sintió que se hubiera enriquecido ninguna “ciencia del proletariado”, porque lo que se anticipó como “ciencia popular” no alcanzó, por aquel dogmatismo, a reflejar fielmente las realidades objetivas encontradas y, a veces, las distorsionó u oscureció, como ocurrió en las discusiones sostenidas entre los investigadores y con otros, sobre el papel y funciones de la vanguardia revolucionaria, el dogma de los cinco modos de producción, la supervivencia del feudalismo en Colombia y su relación con la formación social, el determinismo económico y la caracterización de la sociedad, que más que todo parecieron ser diálogos de sordos.

Un resultado ambiguo como éste podía haberse previsto: la condición histórica y social de las masas colombianas parece que no da aún para formar y enriquecer el complejo científico y cultural propio de los intereses de las clases trabajadoras (frente a los de la burguesía) como acto de un sujeto histórico capaz de producir el futuro anticipando el resultado, es decir, capaz de ver y entender la realidad concreta del presente y construir así, conscientemente, su propia historia.

⁵³ Según lo concebido por Platón; véase G. Lukács, *Historia y conciencia de clase*, op. cit., p. 261. “Sobre categorías mediadoras específicas”, véase *ibid.*, p. 201.

No había que hacerse ilusiones sobre el material humano real con el que se contaba (aunque se tendía a idealizarlo), y las opciones de lo aleatorio quedaban demasiado condicionadas por el sistema tradicional: la revolución, en efecto, no es cosa de un día, y las fallas humanas de las bases y sus cuadros no dejaron de hacer su costosa irrupción.⁵⁴

Así, la experiencia de búsqueda de una "ciencia del proletariado" quedó inconclusa y sin respuesta, en espera de que sucesivos intercambios, contactos y esfuerzos educativos disminuyeran el efecto de la ignorancia y la alienación tanto en el proletariado como en los intelectuales, para permitirles dar el salto cualitativo que les capacitara a todos para construir ese futuro y esa ciencia, y para liberarlos políticamente.⁵⁵ De allí la renovada responsabilidad de aclaración y crítica que les compete a los cuadros revolucionarios contemporáneos en la praxis porque, como lo señala Hobsbawm, si los intelectuales no son necesariamente decisivos, tampoco sin ellos podrán las clases trabajadoras hacer la revolución, mucho menos hacerla contra ellos.⁵⁶

⁵⁴ Éste es tema para otro estudio. El presente autor trabajó bajo el supuesto de que puede crearse una conciencia y una moral revolucionarias que determinen el uso del dinero y otros recursos materiales necesarios para las tareas. Mucho de la crítica que se hizo al efecto corruptor del dinero, la ayuda externa, etc., tuvo visos de moral pequeñoburguesa con elementos de falsa o mala conciencia, como se hizo ver, inútilmente, en repetidas ocasiones (Fundación Rosca de Investigación y Acción Social, "La rosca de investigación se retira de *Alternativa del Pueblo*", *op. cit.*, pp. 39-45). Estos experimentos en investigación-acción fueron apoyados económicamente por una gran diversidad de instituciones que iban desde las cívicas de países neutrales o socialistas (como el SIDA de Suecia) hasta la campaña Solidaridad de Holanda y el Comité Nacional de Auto-Desarrollo de los Pueblos, de Estados Unidos. Ninguna de estas instituciones impuso condiciones al uso de los fondos recibidos.

⁵⁵ Es posible desarrollar dirigentes marxistas de base, si seguimos la experiencia de Gramsci, que estipula "trabajar para promover elites de intelectuales de nuevo tipo surgidos directamente de las masas, que permanezcan en contacto con ellas para convertirse en el núcleo básico de expresión". A. Gramsci, *La formación de los intelectuales —de Cuadernos de la cárcel—*, *op. cit.*, p. 81). E. Mandel, *La teoría leninista de la organización*, *op. cit.*, pp. 63-67, y su tesis sobre los "obreros avanzados"; O. Fals Borda, *Revoluciones inconclusas en América Latina*, México, 1975, p. 46.

⁵⁶ E. Hobsbawm, *Revolutionaries*, Londres, 1973, pp. 264, 266. Es cuestionable si en otros países, aun en algunos desarrollados, la situación ideológica del proletariado sea mejor que en Colombia. El desempeño histórico del proletariado en los países capitalistas avanzados, como se sabe, es una de las paradojas más agudas del marxismo actual, aun tomando en cuenta que en Europa aparecieron obreros-filósofos de categoría, como Joseph Dietzgen, a quien alabó Marx y de cuyos escritos tomó Lenin algunas de sus principales concepciones ideológicas. El marxismo ha sido allí más bien un movimiento de la alta intelectualidad, desde finales del siglo XIX, cuando empezó a imponerse en los medios académicos y científicos; véase T. Bottomore y M. Rubel, *Karl Marx: Selected Writings in Sociology and Social Philosophy*, *op. cit.*, pp. 44-63; L. Colletti, *Hacia un marxismo vivo*, *op. cit.*, p. 54 (sobre la transformación de Lukács de ideólogo revolucionario en profesor universitario).

SOBRE EL SUJETO Y OBJETO DEL CONOCIMIENTO

Como hemos visto, el paradigma de la ciencia social crítica estipula que la diferencia entre sujeto y objeto puede reducirse en la práctica de la investigación. La experiencia colombiana de investigación-acción tiende a comprobar esta tesis que, en verdad, no es nueva: ya Hegel había explicado cómo, en la idea de la vida, el dualismo de sujeto y objeto queda superado por el conocimiento, en una síntesis que se logra al reducir el segundo al primero.⁵⁷ En consecuencia, el trabajo de campo en las regiones colombianas estudiadas no se concibió como mera observación experimental, o como simple observación con empleo de las herramientas usuales (cuestionarios, etc.), sino también como “diálogo” entre personas intervinientes que participaran conjuntamente de la experiencia investigativa vista como experiencia vital, utilizaran de manera compartida la información obtenida, y prepararan y autorizaran la publicación de los resultados en forma táctica y útil para las metas de los movimientos involucrados.⁵⁸

Este entendimiento entre personas de distinto origen, entrenamiento y, muchas veces, clase social, tuvo lugar cuando aquella que se consideraba mejor preparada modificó la concepción de su papel —sea como cuadro o como investigador— y adoptó una actitud de aprendizaje y de respeto por la experiencia, el saber y la necesidad de la otra, alistándose al mismo tiempo para dejarse “expropiar” su técnica y conocimiento. Esta actitud comprensiva tuvo consecuencias políticas positivas, como se constató en el terreno. En efecto, cuando quiera que se tomó en cuenta el nivel real de conciencia de la situación encontrada (que tenían los miembros de las comunidades de base) como punto de partida para la acción, y no el nivel del cuadro mismo, cuya conciencia podía estar mucho más adelantada que la de las bases, se evitaron errores políticos por exceso de activismo o por ignorancia.⁵⁹

⁵⁷ F. Hegel, II, pp. 671-674.

⁵⁸ El concepto de *diálogo* tiene dimensiones revolucionarias en este tipo de contacto, como lo expone Paulo Freire en *Pedagogía del oprimido*, Nueva York, 1970, pp. 83-84. Supone descubrir la realidad objetiva y crear conciencia sobre la situación para eliminar la opresión; véase también la opinión de A. Gramsci, *La formación de los intelectuales* (de *Cuadernos de la cárcel*), *op. cit.*, pp. 89-91; sobre la relación pedagógica. Experiencias pertinentes en educación de adultos son hoy materia de reflexión, como el *participatory research: Convergence*, vol. 8, N° 2, Toronto, 1975, pp. 24-78.

⁵⁹ De esta forma podría interpretarse la organización de lo que se llamó “baluartes de autogestión campesina” en Colombia, como parte de la organización de Usuarios Campesinos; véase O. Fals Borda, *Revoluciones inconclusas en América Latina*, *op. cit.*, pp. 143-144. Recuérdese también el consejo de Mao Tse-tung a sus “trabajadores de la cultura”: “En todo trabajo que se realice para

Además se trató de evitar también (no siempre con éxito) decisiones unilaterales o verticales que podían oler a paternalismo y que, de pronto, habrían podido ser formas nuevas de explotación intelectual y política de las masas, formas que se querían combatir a todo trance.

La investigación así concebida —que era, en parte, “autoinvestigación”—, llevó a una división del trabajo intelectual y político que tomó en cuenta los niveles de preparación, tratando de evitar discriminación o arrogancia en los cuadros. Por ejemplo, el análisis cuantitativo lo ejecutaba un cuadro avanzado, mientras que la entrevista directa, la grabación con ancianos, la búsqueda de documentos y retratos antiguos en los baúles familiares, o la fotografía, podían realizarlas otros menos entrenados. Lo principal en estos casos fue la plena participación de los interesados en el trabajo, y el conocimiento y control de la investigación y sus fines por parte de todos, especialmente por la organización gremial, en estos casos. Así se procedió en el terreno, con resultados que sobrepasaron toda expectativa. En muchas situaciones motivadas por la naturaleza de las luchas que se vivían, no habría sido posible adelantar estudios ni ganar conocimiento sino de esta forma “dialógica”, en la que se disminuían las diferencias entre el sujeto y el objeto de la investigación.

Como los estudios que se realizaron de esta forma no eran simples ejercicios intelectuales sino que iban condicionados a la práctica política mediata o inmediata, no podían verse sólo como producto de una síntesis entre sujeto y objeto. Había que verlos como un entendimiento entre sujetos y objetos activos que compartían la experiencia dentro de un mismo proceso histórico, en el fondo, actuando como un solo sujeto. Por lo tanto, había que plantearse el problema del sentido de la inserción que se realizaba en el proceso histórico, como efecto político sobre las masas y sobre sus propios organismos.

En general, la experiencia colombiana dejó entrever que es posible que este tipo de estudio-acción sea realizado por investigadores aislados cuando van en función de intereses objetivos de las bases o de sus gremios; pero que, obviamente, su efecto político cae en el vacío cuando el trabajo no es convergente con los de partidos u organizaciones

las masas, se requiere partir de sus necesidades y no del buen deseo de un individuo [...] He aquí dos principios: uno, las necesidades reales de las masas, y no necesidades imaginadas por nosotros, y el otro, los deseos de las masas y las decisiones que toman ellas mismas, y no las que tomamos nosotros en su lugar”. Mao Tse-tung, *El frente único en el trabajo cultural*, Pekín, 1968, III, pp. 186-187.

políticas, o cuando no está directamente auspiciado e impulsado por éstas con sus investigadores militantes. En vista del peligro que esta indefinición podía representar cuando quiera que los investigadores activos se apartaron de esta regla, hubo acusaciones de “espontaneísmo”, y el celo partidista con frecuencia agudizó situaciones o autorizó la persecución, la macartización y el “canibalismo” a los cuadros e investigadores que se consideraban responsables.

Este choque producido por el sectarismo partidista, por una parte, y por el afán espontáneo e individual de participar en el proceso revolucionario, por otra, creó presiones para responder al *impasse* políticamente, es decir, para que los investigadores se constituyeran a su vez en grupo político. Pero, aunque se dieron algunos pasos en este sentido, a la larga no fue posible hacerlo por diversas razones: a) las diferencias sobre el enfoque de aparatos de comunicación (especialmente la revista *Alternativa*), llevaron a una dramática escisión en tales grupos, con efectos públicos adversos; b) las bases campesinas y obreras se afectaron también por una división interna que agudizó contradicciones relacionadas con interpretaciones tendenciosas y personalistas sobre el trabajo regional y el origen económico de los aportes; c) en el momento de la decisión, algunos optamos por inclinar la balanza y guardar la distancia enfatizando el papel del científico comprometido dentro del proceso y no el papel del político pragmático y calculador que podían exigir las circunstancias. De cualquier manera, tales dilemas y tentaciones simplemente confirmaron la importancia básica, también ya aceptada, de que en estas actividades teórico-prácticas tiene la organización, para desarrollar toda la potencialidad revolucionaria.

Sabido es que, desde el punto de vista de los principios ortodoxos del marxismo-leninismo, “la organización es la forma de mediación entre la teoría y la práctica”.⁶⁰ Por lo tanto, la organización es la que debería disponer, en últimas, cómo ejecutar la investigación, cuándo y con quiénes, pues es la que controla opciones en lo táctico y juega con lo aleatorio del cambio en las coyunturas. Tal tesis es válida para aquellas organizaciones no fetichistas que conceden importancia a la investigación, porque aplican correctamente el principio leninista de que “sin teoría revolucionaria no puede haber acción revolucionaria”, y el maoísta de que

⁶⁰ G. Lukács, *Historia y conciencia de clase*, op. cit., p. 312; A. Gramsci, *La formación de los intelectuales* (de Cuadernos de la cárcel), op. cit., p. 76; E. Mandel, *La teoría leninista de la organización*, op. cit., p. 61.

“quien no ha investigado no tiene derecho a opinar”.⁶¹ Sin embargo, en el caso colombiano, se sentía muchas veces que no había mucho más que un reconocimiento ritual de tales principios, y que casi todas las energías y los recursos organizativos se dedicaban a la acción directa. Semejante solución, aunque respetable desde muchos puntos de vista, no parecía conveniente para el proceso revolucionario en general, especialmente en sus aspectos estratégicos de formación de una contrasociedad fuerte y convencida. Pero el proceso fue enseñando: los sucesivos golpes de un enemigo de clase mejor informado por el estudio y la investigación científica llevaron a algunos de aquellos grupos activistas y partidos a reconsiderar su posición. En estos casos, la experiencia en el proceso condujo en Colombia a formas más maduras de mediación entre la teoría y la práctica, que ya no pueden ignorar los principios metodológicos de la investigación-acción y la ciencia social crítica, como aquí se han esbozado.

El hecho de adentrarse en el saber popular y el intercambio con la experiencia de base sobresalen así como necesidades tácticas. El sentido común y la formación de una opinión pública basada en la conciencia de clase y consciente de su verdadera historia, son elementos que deben considerarse seriamente, por las posibilidades que ofrecen de crear y enriquecer una eventual ciencia del proletariado. La comprensión dialéctica de sujeto-objeto en la praxis va al corazón de este problema, por cuanto toma en cuenta el desarrollo social y político de las masas.

Como ya se sabe, sin las bases organizadas no es posible el cambio revolucionario y la construcción del futuro; ni tampoco sin ellas es posible la adquisición del conocimiento científico necesario para tareas tan vitales. Pero este conocimiento sigue siendo, mal que bien, la responsabilidad de los científicos. Evidentemente, serán científicos más consecuentes, eficaces y productivos, si mantienen el equilibrio, el ritmo y la dialéctica de esta oposición, y si la organización política los estimula, acoge y respeta como tales.

⁶¹ Mao Tse-tung, *El frente único en el trabajo cultural*, op. cit., p. 9; L. Colletti, *Hacia un marxismo vivo*, op. cit., parte II.

BIBLIOGRAFÍA

Althusser, L., *Réponse á John Lewis*, París, Maspero, 1973. Bernal, J., *Historia social de la ciencia*, Barcelona, Península, 1976. Birnbaum, N., *Hacia una sociología crítica*, Barcelona, Península, 1974.

Bottomore, T., *Crisis and Contention in Sociology*, Londres, Sage Books, 1975.

Bottomore, T. y M. Rubel, *KarlMarx: Selected Writings in Sociology and Social Philosophy*, Londres, Penguin Books, 1968.

Burchett, W., *El triunfo de Vietnam*, México, Era, 1969.

Clark, P. A., *Action Research and Organizational Change*, Londres, Sage Books, 1972.

Colletti, L., *Hacia un marxismo vivo*, Bogotá, Punta de Lanza, 1976.

Convergence, vol. 8 N° 2, Toronto, 1975.

Cortés, R., *Ciencias sociales: ideología y realidad nacional*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1970.

Durkheim, E., *Les regles de la méthode sociologique*, Burdeos, s.e., 1895.

Engels, F., *Anti-Dühring*, Chicago, Kerr, 1935.

Fals Borda, O., *Revoluciones inconclusas en América Latina*, México, Fondo de Cultura Económica, 1975.

_____, *Historia de la cuestión agraria en Colombia*, Bogotá, Publicaciones de La Rosca, 1975.

_____, *Ciencia propia y colonialismo intelectual*, Bogotá, Punta de Lanza, 1976.

Feyerabend, P., *Contra el método*, Barcelona, Ariel, 1974.

Fichte, J. G., *Principios fundamentales de la ciencia del conocimiento*, Madrid, El Liberal, 1913.

Freire, P., *Pedagogía del oprimido*, Nueva York, Tierra Nueva, 1970.

Freund, P. y M. Abrams, *Ethnomethodology and Marxism Theory and Society*, vol. 3, N° 3, 1976.

Fundación Rosca de Investigación y Acción Social, *Ciencia popular, causa popular*, Bogotá, Publicaciones de La Rosca, 1972.

_____, *Cuestiones de metodología aplicada a las ciencias sociales*, Bogotá, Publicaciones de La Rosca, 1974.

_____, *La verdad es revolucionaria*, Bogotá, Publicaciones de La Rosca, 1974.

_____, "La Rosca de investigación se retira de *Alternativa del Pueblo*", en *Alternativa del Pueblo*, N° 28, 17 de marzo-30 de abril, Bogotá, 1975.

Gentile, G., *La filosofía de Marx*, Pisa, Spoerri, 1899.

Graciarena, J., *¿Observers or participants?*, IX Congreso Mundial de Sociología, Toronto, 1974.

Gramsci, A., *La formación de los intelectuales* (de *Cuadernos de la cárcel*), Bogotá, s.e., s.f.

Habermas, J., *Theory and Practice*, Boston, s.e., 1974.

Hegel, F. *Fenomenología del espíritu*, México, Fondo de Cultura Económica, 2007.

Hobsbawm, E., *Revolutionaries*, Londres, Phoenix, 1973.

Kuhn, T., *The Structure of Scientific Revolutions*, Chicago, University of Chicago Press, 1970.

Labriola, A., *Essays on the Materialistic Conception of History*, Londres, Verso, 1948.

Lenin, V. I., *Obras escogidas*, México, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1944.

_____, *Materialismo y empiriocriticismo*, Madrid, Zero, 1974.

Lukács, G., *Historia y conciencia de clase*, Barcelona, Grijalbo, 1975.

Luxemburgo, R., *Reforma social o revolución*, México, Grijalbo, 1967.

Mandel, E., *La formation de la pensée économique de Karl Marx*, París, Maspero, 1972.

_____, *La teoría leninista de la organización*, México, Era, 1974.

Mansilla, H. C. F., *Introducción a la teoría crítica de la sociedad*, Barcelona, Seix Barral, 1970.

Mao Tse-tung, *Algunas cuestiones sobre los métodos de dirección*, Pekín, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1968.

_____, *Sobre la práctica*, Pekín, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1968.

_____, *El frente único en el trabajo cultural*, Pekín, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1968.

_____, Prefacio a investigaciones rurales, Pekín, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1968. Marx, K., *El capital; Miseria de la filosofía*, Buenos Aires, Ediciones Nuevas, 1971.

Moser, H., *Anspruch und Selbstverstaendnis der Aktionsforschung. Zeitschrift für Paedagogik*, vol. 22, N° 3, 1976.

Moura, C., *Sociología de la praxis*, México, Siglo XXI, 1976.

Pearson, K., *The Grammar of Science*, Londres, Scott, 1892.

Popper, K., *The Logic of Scientific Discovery*, Nueva York, Basic Books, 1959.

Quijano, A., "Alternativas de las ciencias sociales en América Latina", en *Desarrollo Indoamericano*, año 6, N° 21, octubre de 1973.

Rickert, H., *Ciencia cultural y ciencia natural*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1943.

Solari, A., R. Franco y J. Jutkowitz, *Teoría, acción social y desarrollo en América Latina*, México, Siglo XXI, 1976.

Stavenhagen, R., "Decolonializing Applied Social Sciences", en *Human Organization*, vol. 30, N° 4, 1971.

Truong Chinh y Vo Nguyen Giap, *Estrategia y táctica de la resistencia vietnamita*, Bogotá, s.e., 1972.

_____, *The Peasant Question (1937-1938)*, Ithaca, NY, Date Published, 1974.

Wright Mills, C., *De hombres sociales y movimientos políticos*, México, Siglo XXI, 1969.

LA CIENCIA Y EL PUEBLO: NUEVAS REFLEXIONES SOBRE LA INVESTIGACIÓN-ACCIÓN (PARTICIPATIVA)

Sigue creciendo el interés mundial por la metodología de la investigación-acción que se aplica para ayudar a producir cambios radicales en la sociedad. Desde el Simposio Mundial de Cartagena (1977) se han realizado encuentros internacionales sobre el mismo asunto en Filipinas, India, Bangladesh, Tanzania, Perú, Canadá, Venezuela, México, Suecia y Yugoslavia. Casos de aplicación concreta se han registrado también en otros países de los cinco continentes. UNESCO, OIT, FAO y UNRISD han inaugurado divisiones especializadas con el mismo objeto. Muchos artículos y varios libros en seis idiomas distintos han aparecido sobre el tema en el último año. Y el asunto será motivo central de discusión en los próximos congresos mundiales de sociología y antropología.

Claro que no se perciben en Colombia, por razones obvias, expresiones dramáticas del método de investigación-acción, y una de las instituciones que lo auspiciaban (FUNDARCO) dejó de existir. Pero es natural que el interés persista entre nosotros, que se estén llevando a cabo diversos ensayos en varias regiones del país, y que algunas de las fallidas experiencias anteriores se reaviven periódicamente. No es para menos, puesto que este asunto científico-político a tantos alcances tuvo uno de sus primeros puntales en Colombia. Además, el pueblo trabajador sigue necesitando de este tipo de metodología teórico-práctica para adquirir experiencia y conocimientos que lo lleven a adelantar las luchas y reivindicaciones de clase que cada día se hacen más urgentes y apremiantes.

De estos trabajos y experiencias, así como de la discusión en las reuniones nacionales e internacionales efectuadas, se deduce que uno de los problemas centrales a aclarar en la metodología de la investigación-acción para el cambio radical es el de la producción del conocimiento científico. Del proceso de producción de este conocimiento dependen mucho el alcance y el sentido del trabajo de campo que se realiza con grupos de base, sea táctica o estratégicamente. Como en el momento actual se experimenta también una crisis global en la justificación ideológica del aparato científico dentro del sistema capitalista, conviene reflexionar sobre estos problemas.

Uno de los aspectos pertinentes a reexaminar y revalorar es aquel que se ha identificado como “ciencia popular o ciencia del pueblo” desde comienzos del presente siglo. Aquí advertimos una línea de estudio y acción que puede hacer aflorar conocimientos subyacentes y articular una voz respetable que ha sido reprimida en aras de la ciencia instrumental, cuyos avances hoy nos aturden e hipnotizar. Una voz y un conocimiento seculares que, en su aparente simplicidad, puedan ofrecernos algunas de las respuestas vivenciales que más necesitamos para continuar la lucha y los esfuerzos.

I

BASES GENERALES

Comencemos por sentar bases generales sobre las cuales podamos construir alguna argumentación coherente sobre tan importante asunto como es el de la ciencia popular.

Concepto de ciencia

En primer lugar tío es correcto hacer de la ciencia un fetiche, como si ésta tuviera entidad y vida propias capaces de gobernar el universo y determinar la forma y contexto de nuestra sociedad presente y futura. La ciencia, lejos de ser aquel monstruoso agente de ciencia ficción, no es sino un producto cultural del intelecto humano, producto que responde a necesidades colectivas concretas –incluyendo las consideradas artísticas, sobrenaturales y extracientíficas– y también a objetivos determinados por clases sociales que aparecen como dominantes en ciertos periodos históricos. Se construye la ciencia mediante la aplicación de reglas, métodos y técnicas que obedecen a un tipo de racionalidad convencionalmente aceptada por una comunidad minoritaria constituida por personas humanas llamadas científicos que, por ser humanas, quedan precisamente sujetas a las motivaciones, intereses, creencias y supersticiones, emociones e interpretaciones de su desarrollo social específico.

Por lo mismo, no puede haber ningún valor absoluto en el conocimiento científico, ya que su valor variará según los intereses objetivos de las clases envueltas en la formación y acumulación del conocimiento esto es, en su producción. Para nuestros fines del momento nos interesará examinar este proceso de producción del conocimiento científico –incluido el tecnológico y cultura)– mucho más que el producto final mismo representado en objetos, artefactos, leyes, principios, fórmulas, tesis, paradigmas o demostraciones. Estos productos son los que aparecen como absolutos en textos y tratados, sin que necesariamente lo sean.

Niveles de producción del conocimiento: dominante y emergente

En segundo lugar, si lo que más interesa es el proceso de producción del conocimiento para fines prácticos, tácticos y estratégicos, cabe preguntarnos sobre los niveles de formación y comunicación en que cristaliza este conocimiento para tener consecuencias en la conducta colectiva y en el acaecer cotidiano.

Uno de tales niveles es el de la comunidad de científicos occidentales especializados que hoy pretende monopolizar lo que es la ciencia y dictaminar sobre lo que es o no es científico. Este nivel tiene claras consecuencias en el mantenimiento del *statu quo* político y económico que se revuelve alrededor del sistema capitalista e industrial dominante. En estas condiciones, la producción del conocimiento a este nivel se dirige obviamente a mantener y fortalecer este sistema.

Para ello, los científicos del sistema prefieren manejar objetos, datos y hechos congruentes con las finalidades del sistema capitalista, y relegan, reprimen, o suprimen otros que. de destacarse o inventarse, revolvarían alternativas contradictorias, inconsistencias y debilidades inherentes al sistema.

A priori, estos datos y objetos incongruentes del sistema poseen, como los otros, su propia estructura cognoscitiva, y pueden tener su propio lenguaje y su propia sintaxis de expresión. Pero como responde a otros intereses, desembocan en un nivel de formación y comunicación que aquí vamos a identificar como el de la “ciencia o cultura emergente” o “subversiva”.

A *posteriori*, ello no significa que este nivel reprimido o emergente sea anticientífico ni que vaya en contra del proceso de acumulación general del conocimiento científico, tecnológico y artístico que ha sido una constante desde la aparición de los humanoides. Sin embargo, reconoce una antigua y respetable dimensión del quehacer científico y cultural que ha ido y va por fuera de canales institucionales, formales, gubernamentales y académicos. Y que, por el contrario, ha sido factor positivo de animación, creación e innovación aun en las propias instituciones establecidas que han sido retardas⁶².

Concepto de ciencia popular

En este nivel de la ciencia emergente o subversiva —o de cultura reprimida y silenciosa— puede incluirse la llamada ciencia popular cuando pretendemos dinamizarla políticamente y, en consecuencia, incorporarla al desarrollo socioeconómico y a la corriente científica general para que deje oír su voz.

Por ciencia popular —o folclor, saber o sabiduría popular— se entiende el conocimiento empírico, práctico, de sentido común, que ha sido posesión cultural e ideológica ancestral de las gentes de las bases sociales, aquel que les ha permitido crear, trabajar e interpretar predominantemente con los recursos directos que la naturaleza ofrece al hombre.

Este saber popular no está codificado a la usanza dominante, y por eso se desprecia y relega como si no tuviera el derecho de articularse y expresarse en sus propios términos. Pero el saber popular o folclórico tiene también su propia racionalidad y su propia estructura de causalidad, es decir, puede demostrarse que tiene mérito y validez científica en sí mismo. Queda naturalmente por fuera del edificio científico formal que ha construido la minoría intelectual del sistema dominante, porque rompe sus reglas, de allí el potencial subversivo que tiene el saber popular.

⁶² Helga Nowotny y Hilary Rose, eds.: *Counter-Movements in the Sciences*. D. Reidel Publishing Co., Dordrecht (Holanda), 1979

Así, por ejemplo, el conocimiento de un curandero campesino es inadmisibile para un médico doctor. Y no es admisible porque ignora y sobrepasa, en este caso, los esquemas institucionales del médico de consultorio con sus equipos importados, cuyas fórmulas abstractas juegan como fichas en un gran dominó explotador. Lo mismo se puede decir de las ciencias económicas y agrícolas y de sus practicantes.

Ciencia e interés de clase

Sería preferible no usar adjetivos cuando hablamos de ciencia o de cultura, si queremos verla como un único proceso formativo de conocimientos válidos que tienen consecuencias en la conducta colectiva y en el acontecer cotidiano. Como se sugirió antes, la ciencia es un proceso totalizador y constante que se mueve en varios niveles y que se expresa a través de personas y grupos pertenecientes a diversas clases sociales. Puede, por lo mismo, sumar y restar datos y objetos, enfatizar ciertos aspectos y oscurecer otros, acordar mayor importancia a determinados factores. En fin, construir y destruir paradigmas de conocimientos comparables.

Por eso, estrictamente hablando, no puede haber “ciencia popular” como tampoco “ciencia burguesa” o “ciencia proletaria”. Ocurre que, en determinadas coyunturas históricas, diversas constelaciones de conocimientos, datos, hechos y factores se articulan según los intereses de las clases sociales que entran en pugna por el dominio social, político y económico⁶³. Así, existe un aparato científico construido para defender los intereses de la burguesía, y este aparato es el que domina hoy a nivel local y general en las naciones llamadas occidentales, el que condiciona, limita o reprime el crecimiento de otras construcciones científicas y técnicas; por ejemplo, las que responden a intereses de clases campesinas y proletarias, o las de otros grupos populares a quienes se les ha aplicado la ley del silencio.

⁶³ Thomas S. Kuhn: *The Structure of Scientific Revolutions*. Macmillan, Chicago, 1970, pp. 23, 181-187.

El devenir histórico lleva a un cambio en esta relación de subordinación de clases, sin que necesariamente esta revolución lleve a descartar todos los conocimientos que han hecho posible la dominación burguesa, como antes la feudal. Al contrario, puede anticiparse que muchos de los elementos tecnológicos descubiertos por los científicos burgueses servirán para beneficiar a las clases proletarias y afianzar el poder de éstas, una vez que lo ganen por la acción política. No es imprescindible destruir todo lo anterior para construir según nuevos o revolucionarios esquemas científicos o técnicos. (Así lo indica el mismo Lenin en uno de sus ensayos: Tareas de la asociación juvenil).

Ciencia y poder político

Evidentemente, esta amplia interpretación de lo que es la ciencia lleva a reconocer en ella una dimensión ideológica y política importante. Paradójicamente, el triunfo actual de la ciencia al imponerse casi como un fetiche de ficción ha llevado a que se le caiga tanto la careta de la neutralidad valorativa con que deambula, especialmente en las universidades, como la peluca de objetividad con que quiso impresionar al gran público.

La ciencia no pudo escaparse por esos recovecos, sino que quedó engarzada en los avatares de la política corriente. El concepto de verdad, por lo tanto, ya no parece fijo ni terminado, sino que se da desde una posición de poder que formaliza o justifica el conocimiento aceptable. Y esta aceptación va condicionada a visiones concretas de la sociedad política y su desarrollo. Por eso, ser científico hoy es estar comprometido con algo que afecta el futuro de la humanidad. Así, la sustancia de la ciencia resulta ser cualitativa y cultural; no es la sola medición estadística, sino la comprensión de las realidades.

Si el proceso de producción del conocimiento va ligado, como viene dicho, a una base social, es necesario descubrir esta base para entender los vínculos que existen entre el desarrollo del pensamiento científico, el contexto cultural y la estructura de poder de la sociedad. Hoy no existe la urgencia mítica de hacer ciencia pura o exacta encerrado en un laboratorio lleno de pipetas y cubetas, o en una Facultad universitaria clásica, sino que el científico alerta y verdadero se pregunta: ¿Cuál es el tipo de conocimiento que queremos y necesitamos? ¿Para quiénes es el conocimiento científico y a quiénes va a beneficiar?

Por lo tanto, debemos seguir examinando fríamente e impulsando la ciencia emergente y reprimida y la cultura subversiva, y trabajar por un reordenamiento del quehacer científico que sea útil y conveniente. Para ello es inevitable tomar en cuenta las necesidades de las grandes mayorías, víctimas del avance que ha traído el progreso desequilibrado de la misma ciencia.

A las sugerencias del pueblo que trabaja y produce, el que padece los efectos de la experiencia capitalista, se le da hoy, a regañadientes, gran atención por la amenaza que presenta al sistema dominante. Hay, pues, que acerca: se a las bases no sólo para entender por dentro la versión de su propia ciencia práctica y reprimida extensión cultural, sino para buscar formas de incorporarla a necesidades colectivas más generales, sin hacer que pierda su identidad y sabor específico. A este problema, y aparente dilema, me referiré en las páginas que siguen.

II

ENSEÑANZAS DE LA INVESTIGACIÓN-ACCIÓN PARTICIPATIVA (IAP)

Acercarse a las bases populares ha sido uno de los propósitos de la izquierda política y de sus grupos competidores en todas partes. Con ello se ha buscado fundamentar una acción consecuente con fines revolucionarios o conservadores. Pero no siempre se ha actuado con sabiduría y prudencia en esta búsqueda. Conviene tomar en cuenta las experiencias habidas al respecto, pues de allí pueden derivarse formas adecuadas de incorporación del conocimiento del pueblo a la corriente científica y cultural general con efectos radicales, y viceversa.

Aportes del saber popular

Si aceptamos la premisa de que la ciencia del pueblo común o folclor —es decir, el conocimiento práctico, vital, empírico que le ha permitido sobrevivir, interpretar, crear, producir y trabajar por siglos con medios directos naturales— tiene su propia racionalidad y su propia estructura de causalidad, conviene empezar por tratar de entender aquella racionalidad y esta estructura en lo que tienen de propio o específico. Gramsci señaló una ruta cuando sostuvo que en las clases trabajadoras existe una “filosofía espontánea” contenida en el lenguaje (como conjunto de conocimientos y conceptos), en el sentido común y en el sistema de creencias que, aunque incoherente y disperso a nivel general, tiene valor para articular la práctica diaria⁶⁴.

En efecto, no sobra recordar lo mucho que este saber y cultura popular ha hecho por la civilización, lo cual va desde productos agrícolas indígenas hasta prácticas empíricas de salud y ricos aportes artísticos. No es infrecuente encontrar personas cultas que se apropian del saber popular o de sus técnicas y artes y los transforman haciéndolos aparecer como nuevos descubrimientos y modas: es el caso de artículos como la “ruana” en la caballería española, bailes como la cumbia en los salones, el primitivismo en pintura, la narrativa costumbrista. Muchos inventos mecánicos importantes se diseñaron con base en la experiencia rústica, como ocurrió con los de Franklin, McCormack, Le Tourneau, y los hermanos Wright. Las interpretaciones newtonianas de Kant en su *Crítica de la razón pura* llevaban el signo de una racionalidad que no era otra cosa que el sentido común de su época; y Galileo plasmó en su *De motu* una teoría del ímpetu que era la expresión técnica de la opinión común sobre el movimiento que venía desde el siglo XV⁶⁵.

Dramaturgos como Shakespeare eran de estirpe netamente popular, así como lo fueron sus tragedias; y los clásicos filmes de Cantinflas y de Chaplin, o la música de los Beatles no se habrían producido si no hubieran tenido sus raíces en el mundo de la gente común. Foucault encuentra en esta dimensión popular elementos suficientes para la “historia viva” que postula en su arqueología del saber⁶⁶.

⁶⁴ Antonio Gramsci: *La formación de los intelectuales (Cuadernos de la cárcel)*. Ediciones América Latina, Bogotá, 1976, pp. 69-70.

⁶⁵ Charles Wright Mills: *De hombres sociales y movimientos políticos*. Ediciones Siglo XXI, México, 1969, pp. 111; Paul Feyerabend: *Contra el método*. Ed. Península. Barcelona, 1974, pp. 63-189

⁶⁶ Michel Foucault: *La arqueología del saber*. Ediciones Siglo XXI, México, 1970, pp. 22-23

Por otra parte Lévi Strauss se le acerca, aunque con prejuicios, al referirse al “pensamiento salvaje”; y muchos antropólogos llegan a admitir que “no hay mejores colectores de datos que los propios nativos” y que el papel de los científicos debería reducirse a anotarlos y editarlos⁶⁷.

Además, la interpretación campesina y obrera de la historia y la sociedad, “como ésta sale de la propia entraña del pueblo trabajador, del recuerdo de sus ancianos informantes, de su tradición oral y de sus propios baúles archivos”, es una interpretación válida que corrige la versión deformada que corre en muchos textos académicos, y que puede “recuperarse críticamente” así como aspectos especiales de la cultura en general⁶⁸.

De esta manera puede verse cómo se articula el saber popular, cómo se expresa a la primera escarbada investigativa, y cómo se defiende de los ataques externos a su clase y de otras influencias desorientadoras. De allí el respeto con que el observador y el activista deben acercarse a la cultura del pueblo y a la “filosofía espontánea” de que habla Gramsci. Pero desafortunadamente no ha sido siempre así.

Metodología (1): Autenticidad y compromiso

Una primera falta de respeto a esa cultura y filosofía es la de simplemente aparentarlo. Fue lo ocurrido en los últimos años de la década de 1960 y comienzos de 1970 en varios países, cuando huestes de fervorosos activistas intelectuales desertaron de la universidad para adentrarse en el pueblo y beber de sus fuentes mimetizándose en él. La intención era honesta; pero resultó equivocada. El diploma que se buscaba entonces era presentar manos encallecidas y la piel tostada al sol, como pruebas de que el intelectual había aprendido la lección de que “el pueblo nunca se equivoca, una de las falacias más socorridas por revolucionarios desorientados. Pero el pueblo no se equivocó esta vez al desautorizarlos repetidamente por su falta de autenticidad, hasta cuando los intelectuales se convencieron de que eran víctimas de un objetivismo extremo que sólo podía corresponder a la intelectualidad pequeño-burguesa⁶⁹.

⁶⁷ Paul Radin: *Method and Theory of Ethnology*. McGraw Hill, New York, 1933, pp. 70-71

⁶⁸ Orlando Fals Borda: *Mompox y Loba: Historia doble de la Costa*, vol. I, Carlos Valencia Editores, Bogotá, 1979-1980, p. 235

⁶⁹ Ernest Mandel: *La formation de la pensée économique de Marx*. Maspero, París, 1972, pp. 51-61

La lección se aprendió parcialmente: en efecto, en las luchas populares hay campo para los intelectuales, sin necesidad de que se camuflen como campesinos u obreros natos. Sólo que deben demostrar honestamente el compromiso que les anima, en el aporte concreto de su disciplina para los fines que los movimientos populares buscan.

Metodología (2): Antidogmatismo

Aún así, esta importante apertura política y científica ha sido malograda a veces por los mismos intelectuales comprometidos en la investigación-acción, cuando éstos han pretendido a aplicar ciegamente sus conocimientos técnicos y los principios ideológicos de diversas organizaciones políticas. En algunos países la situación se ha complicado cuando se ha impartido, por los cuadros activistas, la consigna de buscar y construir en el terreno una “ciencia proletaria” que neutralice la “burguesa” a la que se imputa, correctamente, mucho de la alienación reinante.

Las experiencias realizadas en varios países enseñan que no conviene aplicar con rigidez en el terreno los principios ideológicos puros que animan a los investigadores o cuadros, sea porque éstos pertenezcan a partidos cerrados (verticales) o porque hayan sido fuertemente adoctrinados en universidades y otros medios. Lo mismo ocurre con lo aprendido en facultades científicas como técnicas o especializaciones. El dogmatismo no sólo es anticientífico sino que se constituye en obstáculo para el avance de iniciativas que puedan ser positivas para la lucha de clases⁷⁰. Esto es aplicable tanto al colonialismo intelectual de las derechas políticas como al de las izquierdas⁷¹. Pero no quiere decir que el investigador actúe contra la organización o la sobrepase: al contraigo, se la reconoce como instancia mediadora entre la teoría y la práctica política, como lo sostuvo Lukács, entre otros. Depende de la organización, no obstante, el que logre asimilar con la debida amplitud por las ideas críticas, a los intelectuales involucrados en estos trabajos de base, así como a los trabajos mismos, para darles la cobertura política necesaria.

Para estos fines, en casi todas partes se ha empleado con éxito el materialismo histórico como guía científica abierta y orientación adecuada para entender las realidades problemáticas encontradas. No es conveniente usarlo sólo como meta probatoria anticipando sus tesis, lo que lo desvirtuaría como ciencia.

⁷⁰ Karl Marx: *Miseria de la filosofía*. Ediciones Siglo XXI. Buenos Aires, 1971, p. 109

⁷¹ Fundación Rosca: *Causa popular, ciencia popular*. Ediciones Rosca, Bogotá, 1972, p. 72

En cambio, la búsqueda de una “ciencia proletaria” en sí misma ha resultado contraproducente e inoficiosa. Si se es dogmático en estas labores, puede ocurrir que se vaya produciendo una “ciencia para el pueblo”, entregada y concebida de arriba abajo e impuesta de manera paternalista, y no como un conocimiento genuino y ordenado del pueblo trabajador que éste pueda entender y controlar para defender sus propios intereses⁷².

Metodología (3): Devolución sistemática

El problema gramsciano de cómo convertir el sentido común popular en “buen sentido” ha tenido, en cambio, un desarrollo más positivo en varios países. Se parte del hecho de que la cultura popular, especialmente la campesina (la tradición) no es tan conservadora como se ha pretendido sino realistamente dinámica, pues aunque incluye elementos contradictorios provenientes de las clases dominantes urbanas, responde a necesidades específicas impuestas por el medio rural y el sistema político-económico. De allí proviene en parte la alienación que ha llevado al campesinado con frecuencia a actitudes pasivas o resistentes al cambio, y a imitar valores sociales que provienen de clases terratenientes o urbanas

Hay, pues, en la tradición y cultura campesinas elementos positivos y negativos hacia el cambio social que abren posibilidades para transformaciones revolucionarias en el conocimiento y en la acción. Esto es obvio: no en otra forma se explicarían tantas revueltas campesinas como han ocurrido en la historia universal. En muchos casos es fácil determinar algunas de las fuentes y canales de la alienación que impiden una acción consecuente campesina, aquella proveniente de la difusión de valores burgueses. Se puede, por tanto, equilibrar el peso de éstos valores alienantes mediante una devolución enriquecida del mismo conocimiento campesino, especialmente de su historia y realizaciones, que vaya llevando a nuevos niveles de conciencia política en los grupos. Así se va transformando el sentido común de éstos para hacerlo más receptivo al cambio radical de la sociedad, y a la acción necesaria, así como para hacer oír, a nivel general, la voz de las bases populares antes silenciosa y reprimida.

⁷² Orlando Fals Borda: *Mompox y Loba: Historia doble de la Costa*, vol. I, Carlos Valencia Editores, Bogotá, 1979-1980, p. 235

Esta devolución, extensiva a todas las clases trabajadoras, no puede darse de cualquier manera: debe ser sistemática y ordenada aunque sin arrogancia intelectual, en lo que se trata de seguir el conocido principio maoísta, “de las masas a las masas”⁷³. Por eso se llama “devolución sistemática” a esta técnica de desalienación y de formación de nuevos conocimientos a nivel popular. Cuatro reglas pueden destacarse en este sentido:

a) Diferencial de comunicación. Una primera regla de esta técnica es la de devolver materiales culturales e históricos regionales o locales, de manera ordenada y ajustada según el nivel de desarrollo político y educativo de los grupos de base que suministran la información o con quienes se hace la inserción investigativa o técnica, y no según el nivel intelectual de los cuadros que, por lo general, es más adelantado o muy distinto.

Por eso los materiales resultantes se pueden publicar primero en lo que se llama el Nivel 1 de comunicación, que son como folletos estilo “comics”, bien ilustrados y sencillos. Las bases son las primeras en conocer así los resultados de las investigaciones que emprenden en esta “recuperación histórico-cultural”.

A estos “comics” se pueden añadir después materiales audiovisuales, filminas, transparencias, grabaciones, conjuntos musicales y dramáticos propios del pueblo y películas cortas hechas con la misma gente del pueblo (la técnica que desarrolló Jorge Sanjinés en el Perú y Bolivia). Después se pueden publicar los mismos textos a un nivel más complejo y completo, para los cuadros (Nivel 2), y por último, los mismos temas tratados a nivel descriptivo y teórico más general, tomando en cuenta contextos nacionales y regionales, para los intelectuales comprometidos, los universitarios, profesores y funcionarios (Nivel 3) No todo se puede publicar o comunicar: ello depende de necesidades tácticas y de anticipar el mal uso que los enemigos de clase puedan hacer de la información que se suministra.

⁷³ Mao Tse-tung. *Obras completas*. Ediciones en lenguas Extranjeras. Pekín, 1968, t. III, p. 119

b) Simplicidad de comunicación. La segunda regla es expresar los resultados de los estudios y trabajos en lenguaje accesible, descartando el dirigirse ante todo a la comunidad tradicional de científicos dominantes en su propia terminología complicada y esotérica, o empleando sus esquemas clasificatorios latinescos y simbólicos. Esto exige un nuevo estilo de presentación de materiales científicos que puede llevar a una cierta liberación político-económica de la producción científica y a una mayor efectividad en la difusión de las ideas⁷⁴.

c) Autoinvestigación y control. La tercera regla se refiere al control de la investigación por los movimientos de base y el estímulo a su propia investigación. Ningún intelectual o investigador debe determinar por sí mismo lo que se pueda investigar o hacer en el terreno, sino que debe definir sus tareas en consulta con las bases populares y sus personeros más esclarecidos (constituídos como grupos de referencia como adelante se explica), y tomando en cuenta las necesidades y prioridades de las luchas populares y las de sus organizaciones auténticas. Así se ha resuelto no sólo el problema del “para quién” de los trabajos y estudios, sino el de la inserción misma del científico o cuadro dentro del proceso social y su justificación personal en el medio donde le toca actuar. Para el efecto se pueden adoptar técnicas dialógicas que rompan el esquema asimétrico del objeto y sujeto de la investigación y de la acción⁷⁵.

d) Vulgarización técnica. La cuarta regla es la de reconocer la generalidad de las técnicas científicas más simples de investigación, y colocarlas al servicio de los mejores cuadros populares. Así se pueden enseñar cursos sobre metodología corriente de la investigación a los cuadros más adelantados, para que rompan su dependencia de los intelectuales y realicen fácilmente la autoinvestigación.

Sumando la aplicación de estas cuatro reglas en los países referidos, examinando los materiales acumulados y evaluando la marcha de las luchas populares en algunas partes, puede concluirse que el conocimiento de la realidad se enriquece bastante con la devolución sistemática. Se llega, por ejemplo, a desplazar héroes culturales burgueses por otros propios de las luchas. El campesinado logra equilibrar un poco la alienación en que vive como parte de su tradición, y puede mantener

⁷⁴ Orlando Fals Borda, *op. cit.*

⁷⁵ Paulo Freire: *Pedagogía del oprimido*. Ediciones América Latina, Bogotá, 1970.

vivos movimientos que, a pesar de la represión, ponen en jaque a los gobiernos reaccionarios. Puede así verse cómo el sentido común de las gentes trabajadoras va adquiriendo nuevas aristas mediante la educación politiza, para asumir una voz propia e irse convirtiendo en “buen sentido”. Empieza a parir una nueva tradición a un nivel más alto de conocimiento, práctica e impulso vital.

Metodología (4): Reflujo a intelectuales orgánicos

Por supuesto, no todo el proceso pedagógico-político se reduce a recuperar críticamente la historia y la cultura y devolverlas sistemáticamente a las bases populares. También se realiza un reflujo dialéctico o “feedback” de las bases hacia los intelectuales y cuadros comprometidos. Esto es parte importante del proceso total de búsqueda e identificación de la ciencia del pueblo.

Una consecuencia y condición de este reflujo dialéctico es la necesidad de diferenciar papeles (roles) en el terreno, en tal forma que el científico o investigador no tenga que recurrir a camuflarse de campesino u obrero, como queda dicho, sino que sea reconocido y respetado por las bases y sus organizaciones políticas y gremiales como quien es. Al advertir la inevitable división del trabajo científico que ha impuesto la acumulación del conocimiento (ya que no todos pueden hacer todas las tareas con la misma eficiencia), se ve la posibilidad de desarrollar en la práctica el concepto de “intelectual orgánico” propuesto también por Gramsci. Estudiemos un poco este importante asunto.

Los intelectuales comprometidos con la lucha popular en algunos países han intentado formar grupos de referencia ad hoc conformados por los campesinos, obreros e indígenas de mayor experiencia, altruismo y visión que estuvieron involucrados en tareas organizativas y agitacionales, con el fin de desplazar a los grupos de referencia constituidos por académicos y profesores universitarios (la élite dominante)⁷⁶.

Éstos grupos ad hoc, de donde deberían salir los verdaderos intelectuales orgánicos de las clases trabajadoras, hasta ahora no han alcanzado a responder totalmente a la discusión científica misma, como se ha planteado, sino que han contribuido más a los aspectos prácticos y políticos del trabajo en el terreno. La discusión científica de cierto nivel

⁷⁶ Orlando Fals Borda, *op. cit.*, p. 233

actual sobre lo que se va haciendo se sigue realizando entre personas preparadas más tradicionalmente, en una minoría más o menos seleccionada por el conocimiento y la experiencia. A este nivel se hace la articulación entre lo específico regional y lo teórico general o nacional, para producir una visión totalizante e integrada del conocimiento adquirido.

Pero esta discusión de minorías ya viene enriquecida por la práctica en el terreno, por el contacto con las gentes de base y sus problemas concretos y por las opiniones y conceptos de los cuadros campesinos del grupo ad hoc de referencia. Hay un aporte intelectual crítico de parte de estos cuadros que se expresa en exigencias tales como de claridad y precisión en la exposición de la teoría; observaciones a la aplicabilidad de la teoría en el contexto inmediato; descripciones fieles y vívidas de procesos sociales; explicaciones de estrategia y táctica en la lucha popular; información profunda sobre motivaciones de conducta individual y colectiva no visibles para personas extrañas al medio: elementos de cultura como la herbología y los mitos; términos empleados en la agricultura, la pesca y la caza; y principios técnicos en el manejo de utensilios y herramientas rústicas.

Todo esto es información valiosa de primera mano, sobre un “know-how” que enriquece los análisis realizados a nivel científico más general por los grupos de intelectuales.

Se tiene así la convicción de que el folclor del pueblo campesino, su conocimiento empírico, vital y práctico, puede encontrar un nicho en el curso del desarrollo de la ciencia como proceso totalizador y constante, y que su voz apagada puede adquirir nueva resonancia. Los agentes de este proceso dialéctico han sido o son intelectuales orgánicos. Pueden tener la misma sensación que en su tiempo tuvieron Kant y Galileo cuando bebieron de fuentes populares, o la de quienes diseñaron tantos inventos mecánicos contemporáneos con base en la experiencia rústica, como se dijo anteriormente.

Metodología (5): Ritmo reflexión-acción

En consecuencia, una de las responsabilidades principales de los investigadores (intelectuales orgánicos) ha sido la de articular el conocimiento concreto al general la región a la nación, la formación social al modo de producción y viceversa, la observación a la teoría y, de vuelta, la de ver en el terreno la aplicación específica de principios, consignas y tareas. Para que esta articulación sea eficaz, se ha adoptado un determinado ritmo en el trabajo que va de la acción a la reflexión y de la reflexión a la acción en un nuevo nivel de práctica.

El conocimiento avanza entonces como una espiral en que se procede de lo más sencillo a lo más complejo, de lo conocido a lo desconocido, todo en contacto permanente con las bases y los grupos ad hoc de referencia. De éstos se reciben los datos; se actúa con ellos; se digiere la información en un primer nivel; y se reflexiona a un nivel más general. Luego se devuelven los datos de manera más madura y ordenada; se estudian los efectos de esta devolución y así indefinidamente, aunque dentro de plazos prudenciales determinados por la lucha misma y sus necesidades.

Metodología (6): Ciencia modesta y tácticas dialógicas

Las condiciones mínimas para el desarrollo de este ritmo de reflexión-acción y del reflujo cultural de las bases hacia la minería científica orgánica pueden reducirse a dos ideas:

1) La de que la ciencia puede avanzar hasta en las situaciones más modestas y primitivas y que, en efecto, en las condiciones populares encontradas la modestia en el manejo del aparato científico y en la concepción técnica (especialmente descarte de instrumentos muy sofisticados y mayor uso de elementos locales, económicos y prácticos) es casi la única manera de realizar los trabajos necesarios, lo cual no quiere decir que, por modesta, esta ciencia sea de segunda clase, o carezca de ambición.

2) La de que el investigador debe: a) descartar la arrogancia del letrado o del doctor, aprender a escuchar discursos concebidos en otras sintaxis culturales y asumir la humildad de quien realmente desea aportar al cambio social necesario; b) romper las relaciones asimétricas que se imponen generalmente entre entrevistador y entrevistados para explotar unilateralmente el conocimiento de éstos; y c) incorporar a las gentes de base, como sujetos activos, pensantes y actuantes, en su propia investigación.

Ciencia modesta y técnicas dialógicas o participantes se constituyen así en referencias casi obligatorias para todo esfuerzo que busque estimular la ciencia popular o aprender del saber y cultura del pueblo para multiplicarlo a nivel más general. Es lo que se pretende hacer con el método de investigación-acción en su modalidad participante radical (IAP), y con el apoyo de las ciencias emergentes y subversivas.

III

ENSEÑANZAS DE COYUNTURAS REVOLUCIONARLAS

En la idea de “pueblo” que he venido usando he incluido, para simplificar, un conjunto de personas que en realidad son más heterogéneas de lo que el concepto indica. Sólo he destacado, como ingredientes básicos para estudiar lo que es la ciencia y la cultura popular, el componente proletario y la antigua relación folclórica con la naturaleza. Esta relación corresponde evidentemente a sistemas precapitalistas, y se deriva de la actividad productiva como forma original de la praxis, aquella que regula el intercambio material de la especie humana con su ambiente natural. Los ingredientes mencionados no son sino elementos iniciales de análisis, aunque dejen una impronta permanente que no puede ignorarse en el asunto que nos ocupa.

El problema es más complejo, y esto lo podemos ver en los desarrollos del presente siglo, cuando se realizaron las primeras revoluciones socialistas y ocurrió, casi simultáneamente, un vigoroso ascenso en el control instrumental del hombre sobre elementos naturales, gracias al avance científico-educativo y a la expansión del modo de producción capitalista e industrial a nivel mundial. Esto afectó las posibilidades de desarrollo de la ciencia del pueblo o folclor como se ha conocido tradicionalmente, y abrió compuertas que pueden llevar a su eventual desaparición.

El Proletkult

La revolución rusa tiene mucho que enseñarnos a este respecto, ya que, en sus comienzos, hizo un importante intento de construir por la base una cultura proletaria de índole científica, llamada “Proletkult”, que fuera congruente con los fines revolucionarios⁷⁷. Encabezadas por intelectuales comprometidos, estas campañas político-literarias se iniciaron poco después de la revolución de febrero de 1917 y duraron hasta 1922, cuando recibieron el rechazo de Lenin y de Trotsky⁷⁸.

La tónica principal del trabajo del Proletkult fue la arrogancia contrarrevolucionaria de sus prosélitos. Tomando al pie de la letra la negativa y limitada impresión de Marx sobre el papel del campesinado en la revolución francesa, estos intelectuales rusos consideraron a los rústicos de su país como sacos de patatas.

El médico e ideólogo Alejandro Bogdanov, el primer impulsor del movimiento, sufría de un marxismo superficial que le llevó a sostener tesis incongruentes con la teoría vigente del partido, como la de que el desarrollo de la conciencia proletaria de clase reposaba ante todo en la práctica de la producción y no en la lucha de clases. Sus seguidores creían que los sabios, artistas, ingenieros, etc., de origen obrero producirían una cultura especial deferente de la burguesa, y ese origen, según ellos, debía conferirles una esencia indiscutible. A los sabios del Proletkult se les consideraba como “ingenieros sociales” cuya tarea era tratar a las masas inferiores como si fuesen un material de cera al que había que moldear desde arriba y desde fuera.

Claro que todo ello llevaba a agudizar la diferencia entre trabajo manual e intelectual, y así lo hizo ver Lenin cuando habló críticamente sobre la “ficción de los orígenes”⁷⁹. Con razón los más altos diligentes bolcheviques hubieron de frenar este desorientado movimiento que, desgraciadamente, todavía tiene sus metástasis en otros países.

⁷⁷ Charles Bettelheim: *Les luttes de classes en URSS*. Seuil/Maspero, París, 1977. pp. 475, 528.

⁷⁸ Isaac Deutscher: *Trotsky, el profeta desarmado*. Ediciones Era, México, 1968, p. 64

⁷⁹ Charles Bettelheim, *op. cit.*, pp. 528-530

La Intelligentsia rural

El Proletkult pasó a mejor vida. Pero la coyuntura específica de la revolución rusa a partir de la muerte de Lenin, el exilio de Trotsky y el advenimiento del stalinismo, especialmente hacia 1928, hizo que la política oficial hacia el campesinado ruso no fuera muy distinta, en sus efectos, de aquella sugerida por el Proletkult. El Estado soviético y el Partido Comunista habían determinado crear la cultura y la ciencia proletarias como bases ideológicas y políticas para proceder a la industrialización recesaria. Se privilegió así al proletariado urbano, y se castigó al campesinado con el peso de la nueva planificación.

El campesinado ruso, que no había sido unánime en el apoyo a la revolución —con altibajos producidos por la influencia de Kulaks y Mujiks— se constituyó en el pararrayo natural de la desconfianza oficial. Por consiguiente, Stalin resolvió imponerles la “civilización proletaria” desde arriba —y desde las urbes—, con el empleo de cuadros obreros y urbanos del partido, y con instructores y especialistas agrados (la llamada “intelligentsia rural avanzada”). Ni siquiera se reclutaron cuadros campesinos para esa tarea. La desconfianza llegó hasta ordenar que los tractores y las máquinas que se llevaran a los nuevos *kolkhozes* no fueran manejados por campesinos, sino por obreros.

Toda esta campaña desde arriba y desde fuera llevó al tremendo genocidio rural de todos conocido, y a la destrucción cultural del campo ruso, algo que dejó minúsculas las crueles gestas autocráticas de Pedro el Grande. Naturalmente, al destruirse en forma tan masiva la base tradicional del campo ruso, se perdió también buena parte de la cultura popular o folclórica y se relegó a segundo plano la tradición científica del pueblo común soviético. Pero se crearon nuevas bases humanas, sociales, culturales y tecnológicas que han servido para reconstruir la sociedad rural en la Unión Soviética, y ésta creó otro sentido común y otra tradición más moderna y avanzada que la descrita por Tolstoi.

Ahora bien, ¿será éste ya el “buen sentido” que esperaba Gramsci? ¿Valía la pena pagar el alto costo social y humano de esa hecatombe para llegar al inmenso desarrollo actual de la Unión Soviética? ¿Se construyó en verdad una ciencia proletaria hegemónica? Una cosa es cierta: en el esfuerzo se perdieron muchos valores de la cultura y ciencia campesinas que podían haber sido congruentes con la revolución y que la habrían

enriquecido de seguir su marcha, como ocurrió en los casos chino y vietnamita. Algunos de esos valores que sobreviven, como en la música y el arte, y en las artesanías, ayudan a darle sabor e identidad hasta al mismo Estado soviético; otros, como las creencias religiosas, continúan con cierta fuerza.

De todos modos, aquí vemos el caso patético de un pueblo revolucionario que decidió descartar masivamente la tradición campesina, con su ciencia y todo, con el fin de construir un proletariado técnico e industrial que tuviera una ciencia propia y una cultura congruente con los fines de la revolución. Pero no es una ciencia nueva la que se produjo allí, y en eso se equivocaron los intelectuales del Proletkult y sus sucesores. Es la acumulación, difusión y perfeccionamiento de técnicas y conocimientos anteriores originados entre capitalistas y burgueses rusos y extranjeros. que han pasado al control político y económico de su clase antagónica. Hubo un cierto tipo de popularización del conocimiento científico, cultural y técnico contemporáneo que, si se quiere, puede verse como una “ciencia del proletariado”; pero ésta, corno realidad propia, no sería entendible así sino en el contexto soviético.

La Revolución Cultural

En la China Popular para fines semejantes, se observa un proceso diferente. No hay genocidio y ocurre una mayor participación de las bases campesinas y obreras en la conformación de una nueva cultura y ciencia armónicas con la revolución. El climax de esta tendencia ocurre, por supuesto, durante la herética Revolución Cultural de 1966 a 1968 (con efectos visibles hasta 1976) de lo cual podemos derivar así mismo importantes enseñanzas.

Muy diciente fue uno de los incidentes iniciales de la Revolución Cultural: el acto de rebeldía con afiches en la Universidad de Pekín porque el rector, un historiador anticuado, entre otras cosas dificultaba que los estudiantes hicieran labores manuales, y ejercía discriminación contra alumnos provenientes de familias trabajadoras o campesinas⁸⁰. Aquí parece residir el meollo de la cuestión: se trataba de romper el elitismo tradicional que, influenciado por la burguesía china occidentalizada, tenía

⁸⁰ B. L. Wheelwright y Bruce McFarlane. *Desarrollo y revolución cultural en China*. Editorial Nuestro Tiempo, México, 1972, p. 127

sus raíces locales en Confucio y sus enseñanzas ancestrales. El elitismo tradicional llevaba a imitar y adoptar lo extranjero, y a respetar y obedecer a las autoridades superiores (padres, ancianos, líderes del partido, gobernantes, funcionarios, emperadores) y a los hombres de ciencia, intelectuales, maestros y letrados de uñas largas y pulidas. Por todo ello, no era una simple revolución generacional la que se iniciaba en 1966. Era una acción ideológica que seguía la clásica línea maoísta “de las masas a las masas”, para reorientar valores de antaño, “solidificar el concepto del mundo proletario-comunista para la masa del pueblo” y crear una nueva opinión pública, o sentido común. Esta opinión nueva iría a reforzar los objetivos de la revolución, combatir las tendencias conservadoras de la disciplina partidista y llevar a una nueva concepción científica y cultural nacional⁸¹.

Por eso sus primeros abanderados y activistas fueron jóvenes y, además, reclutados exclusivamente de las clases trabajadoras: campesinos, obreros, taxistas, hasta pordioseros, a quienes se les impartió el mínimo de orientación contenida en el famoso “Librito Rojo”, personas que iban decididas a ser “antes que maestro, el primer alumno de las masas”, a “luchar contra el egoísmo” y a “servir al pueblo que es el que hace la historia”. Actuarían por fuera de estructuras formales partidistas, en lo que este movimiento fue realmente inusitado.

Se propició así un gigantesco intercambio rural urbano, con 25 millones de ciudadanos que visitaron el campo y millares de obreros que fueron a escuelas, con lo cual se esperó romper la verticalidad de la dependencia con el Estado y el partido, promover un desarrollo ideológico más auténtico que emergiera de las mismas y, en fin, “modificar la faz intelectual de toda la sociedad”.

Transparente fue una de las metas teórico-científicas trazadas por Mao: en efecto, el presidente quería adiestrar a los trabajadores para convertirlos en técnicos (como se hacía ya en el Instituto de Ingeniería Mecánica de Shanghai), y que los estudiantes tuviesen experiencia práctica y regresaran a la producción luego de unos años de estudio. Se reconocían en esta forma las conexiones que la educación tiene con el trabajo productivo, reconocimiento que llevó a modificar los pánsumes oficiales de enseñanza.

⁸¹ Giovanni Blumer: *La Revolución Cultural China*. Ed. Península, Barcelona, 1972, pp. 72, 188-187

Excesos de la ortodoxia política

Es difícil negar el estímulo que este gigantesco esfuerzo –como el de las comunas populares anteriores– tuvo a nivel de las bases, especialmente en el desarrollo de la medicina popular (“médicos descalzos”), el alfabetismo, la artesanía (conversión del hierro) y la tecnología intermedia en la agricultura, el transporte y otros medios, así como a nivel industrial se registraron innovaciones técnicas ingeniosas y productivas⁸². Se estaba en verdad fomentando una “ciencia del pueblo” controlada por éste y sus personeros inmediatos, que tomaba como punto de partida una tradición cultural recuperada y selectiva, sin destruirla totalmente. Era una ciencia modesta y realista que no trabajaba sino dentro de los parámetros históricos de los conocimientos populares. Y así avanzó bastante para el beneficio de éstos, hasta años más recientes.

Pero, como se sabe, ocurrieron excesos de celo producidas por un deseo irracional de imponer la ortodoxia política en niveles incongruentes, tales como el manejo de fábricas y en la alta tecnología. El antiintelectualismo y el antiburocratismo a ultranza fueron llevando a una crisis anárquica en la producción, tal que el gobierno tuvo que echar pie atrás: disminuyó el impulso y fervor juveniles del movimiento, reglamentó mejor los comités políticos que imponían estructuras organizativas contraproducentes y volvió a llamar a personas y trabajadores de experiencia para que siguieran administrando fábricas, escuelas e institutos. Además, se vio que la consigna de que las masas se educaran a sí mismas no había podido cumplirse al pie de la letra, pues seguían necesitando de asistencia externa, especialmente de la orientación del partido.

Políticamente, Mao triunfó en esta forma sobre elementos conservadores de la sociedad y de su propio partido y aseguró que la revolución china siguiera por el derrotero que le había marcado hacia el socialismo. Cultural y científicamente, impulsó valores y conocimientos a nivel de base que sirvieron para afirmar la colosal reconstrucción económica de la nación china, una reconstrucción relativamente autónoma que le ha permitido a esa nación ocupar una posición de comando a nivel mundial, y a su pueblo tener un nivel de vida grandemente mejorado.

⁸² B. L. Wheelwright y Bruce McFarlane: *op. cit.*, pp. 191, 194-195

Hubo aquí mayor respeto que en la Unión Soviética por las bases campesinas. Se rompió parcialmente el monolitismo del partido y de su guardia dogmática. Los cuadros fueron reclutados más equilibradamente desde el punto de vista de sus orígenes. No hubo tanto énfasis en imponer pautas verticales, de arriba hacia abajo. No obstante, se vio la necesidad de seguir diferenciando entre ciencia popular y ciencia avanzada, dejando que ésta continuara siendo provincia especial de la minoría intelectual y técnica que la Revolución Cultural había intentado reeducar por el trabajo manual y la práctica en el terreno. Por eso se enfatiza hoy allí a la “ciencia y tecnología” como una de las cuatro modernizaciones planteadas como metas a alcanzar para el año 2000. Porque sólo así puede la China mantener su liderazgo a nivel mundial y defenderse de las potencia que la siguen asechando.

IV

EL RETO DEL CONTROL INSTRUMENTAL

La Unión Soviética y la China Popular ofrecen casos dramáticos de cambio social en que se realizaron reformas profundas del alma popular. Otros ejemplos nacionales de este tipo de subversión son también de interés: lo ocurrido en el Japón a la Restauración Meiji y durante la ocupación americana; el efecto de la autogestión obrera y campesina en la sociedad yugoslava; la revolución cubana y el “poder popular”; el impacto del culto de las cargas en comunidades primitivas melanesias; la experiencia del Bhoorr Sena y del Movimiento por la Ciencia del Pueblo en la India. Quizá en todos ellos se encuentren elementos comunes que ayuden a identificar y comprender el problema de las bases populares y la ciencia y la cultura que tanto nos interesa como fenómeno contemporáneo

Impacto de la cultura masiva

Un hecho casi incontrovertible es que la ciencia y el saber o cultura popular, por tener sus fundamentos y raíces en sistemas precapitalistas, se han visto amenazados de extinción debido al acelerado desarrollo de la tecnología moderna y del control instrumental del hombre sobre la naturaleza que van unidos al sistema capitalista dominante. Podemos ver esto fácilmente en los países industrializados, cuyos sociólogos empiezan a hacer una distinción más específica entre la cultura *folk* como aquí la hemos entendido, y la “cultura popular masiva”⁸³.

⁸³ George L. Lewis: *The Sociology of Popular Culture*. “Current Sociology”, vol. 26, No. 3 (Invierno), 1978, pp. 14-25

En los países avanzados, según Lewis, la cultura popular tiene aspectos negativos que se refieren a la masificación por los grandes medios de comunicación (televisión, radio y prensa). Esto lleva a que el común de las gentes sea víctima de empresarios que no piensan sino en el lucro, y así van rebajando el nivel cultural o empobreciendo y anulando el existente o folclórico tradicional. En estas condiciones, la cultura popular de esos países tiene la tendencia a imitar elementos de la llamada “alta cultura” –que puede ser más creadora y particular– rebajando su calidad y desvirtuando el talento, basta llegar al “gusto abyecto de la mesnada”. Además, tiene el peligro de estimular al totalitarismo por fomentar audiencias pasivas que se adaptan primordialmente a la manipulación demagógica, como lo anticipó, mal que bien, Ortega y Gasset. En fin, este tipo de desarrollo instrumental capitalista avanzado produce el mayor índice de alienación popular hasta ahora conocido, pues lleva a lo que Marcuse definió como “hombre unidimensional”, y culmina en la contrautopía Orwelliana de la granja de animales con el “Big Brother” en todas partes.

Si así ocurre en esos países industrializados, bien puede entenderse lo que pasa cuando de allí se exportan a los países subdesarrollados, no sólo las técnicas alienantes sino los mismos productos terminados, o “envasados”. Se registra entonces un fuerte impacto cultural que barre los valores propios, haciendo olvidar aquellos elementos del folclor que constituyen lo que se ha dado en llamar “la esencia de la nacionalidad”. Se va borrando así la “filosofía espontánea”, el lenguaje, el sistema de creencias y el sentido común tradicional de los habitantes de estos países pobres, para suplantarlos por otros que son xenofílicos e inauténticos. Así se limitan también las posibilidades raízales de producir e inventar en los campos científico y tecnológico.

La región: valores sustanciales y marginales

Lo increíble es que los conocimientos populares de los países pobres, de origen precapitalista, hayan podido resistir tantos impactos instrumentales desde hace tanto tiempo, y que todavía queden elementos útiles para la identificación regional y nacional, con posibilidades de recuperación y creación. Esto lleva a pensar que en el aparataje cultural de las gentes en sus regiones –hasta llegar al nivel de caserío, barrio y comunidad– existen por lo menos dos clases de valores: los más

acendrados y sustanciales, que podrían compararse con el almendrón de una fruta o la savia de un árbol; y los ajustables o marginales que, aunque van intrínsecamente envueltos con los otros, pueden modificarse por distintas causas sin que sufra el aparato cultural total.

La racionalidad propia del aparato cultural popular, su estructura y sabor específicos derivan de los valores sustanciales, y de éstos depende la versión especial que los grupos populares dan a la comunicación y sus niveles, como cuando el intelectual comprometido o el activista se les acerca con mensajes de devolución del conocimiento o para recuperar la historia y la cultura.

¿Cuáles son, pues, esos valores sustanciales? Es posible que sean aquellos fundamentados en la especial visión del mundo (*Weltanschauung*) o filosofía de la vida que caracteriza a los grupos populares regionales menos contaminados, especialmente los que se articulan aún con la praxis original, como los campesinos, y los que han defendido el ancestral contacto con la naturaleza y ambiente regional específico. En últimas, éstos son los valores que se arralan en cree acias sobre lo sobrenatural y extracientífico, los mismos por los cuales se han armado guerras en el pasado, con los cuales se crean y destruyen mitos, se fabrican ideologías y movimientos, se conforman utopías. Son los que han hecho del hombre lo que es, los que le han dado a la historia a su sentido teleológico.

La racionar dad de estos valores sustanciales parecería por lo tanto irracional, si le aplicáramos los criterios cartesianos sobre la Razón que nos han inculcado en universidades y academias, y sobre los cuales se ha construido la idea contemporánea dominante de ciencia. Pero se trata de una contextura racional deferente que tiene su propio lenguaje expresivo y su propia sintaxis. Para entender y llegar a los valores de este tipo racional popular es necesario sobreponerse a las barreras cognoscitivas dominantes y asumir actitudes vivenciales que sean tan extracientíficas como las de los grupos populares. Y, si se puede, lograr el dominio simultáneo de dos o más lenguajes científicos o niveles de comunicación diferentes.

Para empezar a adquirir esta vivencia popular y el dominio simultáneo de lenguajes diferentes que ello implica, quedan pocos caminos aparte de destacar estratégicamente la región y emplear las técnicas ya sugeridas cuando nos referí nos a la investigación-acción radical, esto es, el empleo subversivo y crítico de la ciencia modesta y técnicas participantes (IAP).

Papel de minorías orgánicas especializadas

No es necesario imaginarnos cómo sería la estructura educativa formal en un país donde la llamada ciencia popular fuera hegemónica. Ya vimos lo ocurrido en dos casos históricos en los cuales se puede aducir que, políticamente, el proletariado advino al poder. Las diferencias con los sistemas formales científicos del pasado fueron mínimas. Sólo resultó necesario mantener el control de la estructura del Estado para que los nuevos esfuerzos educativos y científicos fueran congruentes con los intereses de las clases trabajadoras, y estimular tecnologías intermedias. Aun así, hubo necesidad de reconocer la continuidad del conocimiento y el papel de minorías orgánicas especializadas, para mantener el ritmo de la producción y elevar el nivel de vida de las poblaciones.

El hecho de que deba haber minorías para sostener este esfuerzo científico no significa que toda la estructura institucional se conciba casi exclusivamente para formarlas y sobreeducarlas, como ocurre ahora. Hemos dicho que los principales retos en este campo provienen del intercambio teórico-práctico directo con las bases regionales explotadas por el capital. Derivan de una ciencia crítica e integrada, modesta y realista. No provienen del diálogo cerrado dentro de una élite de científicos sofisticados con orejeras profesionales, que puedan llegar a determinar el sexo de los ángeles. La potencialidad de la investigación-acción radical reside precisamente en el desplazamiento que promueve de los recintos universitarios al terreno concreto de la realidad. Este tipo de investigación rompe los esquemas clásicos de la academia al desconocer las diferencias entre sujeto y objeto de estudio. Lleva a que los letrados descendan de las torres de marfil y queden sujetos al juicio de idoneidad que imparten las comunidades en que viven y trabajan, y no dependan necesariamente del de los decanos y rectores.

Recordemos que en esa forma funcionaban en el siglo XIV las primeras universidades en París y en Uppsala, con grupos pequeños de maestros y estudiantes en casas particulares, fuera de los conventos que monopolizaban el conocimiento, en talleres artesanales, en plazas y vecindarios donde se aprendía de la vida y se orientaba la enseñanza y la investigación a los problemas cotidianos de la comunidad. No había doctorados entonces, ni diplomas. Se sentía urgencia práctica del saber, y esta vivencia se compartía a nivel de base en formas simples, toleradas al menos por una buena parte del sistema social y político de entonces. Pero

había personas más sabias y enteradas, de genio y chispa, que fueron girando ese desarrollo, con su propia versión de la vivencia y del compromiso social

La Universidad en diáspora

¿Valdrá la pena pensar en nuevos tipos de talleres populares contemporáneos, dispersos en ciudades y en el campo, por fábricas y fincas, cada uno con su problemática especial, que formen técnicos y prácticos instrumentales de nivel intermedio. pero orgánicos con las clases trabajadoras? ¿Podremos concebir una universidad en diáspora que se juzgue según sus efectos sociales de conjunto y no por facilidades físicas? ¿Podremos articular, en esta forma y de manera permanente, el conocimiento teórico con la praxis?

¡Cuántas ventajas no tendría un plan educativo de este tipo! Desaparecerían las falsas divisiones creadas entre las ciencias (los conocidos departamentos profesionales, las academias y las especializaciones) y se fomentarían verdaderas actividades interdisciplinarias. Sabido es que los principales problemas contemporáneos, como los de la pobreza, el hambre, la destrucción ecológica, la explotación del hombre, la violencia institucional y general, erigen niveles complejos de análisis que desbordan las especialidades. Aparecerían entonces nuevos campos de acción científica y técnica vinculados directamente a necesidades comunitarias urgentes, y no para que sigan beneficiando a la burguesía enriquecida que viene arrasándolo todo. Y habría organizaciones, orientaciones y acciones mucho más democráticas, participantes y pluralistas que terminarían con la dictadura de organismos dogmáticos y con estados fascistas que quieren levantar cabeza, especialmente en el hemisferio americano.

Se vería así más claro lo que es un verdadero pueblo con su propia ciencia ejercida como herramienta vital, para la defensa de su identidad, de sus intereses y de los valores sustanciales que lo animan, una ciencia levantada ya a la altura del saber.

BIBLIOGRAFÍA

Bettelheim, Charles: *Les luttes de clases en URSS*. Seuil/Maspero, París, 1977.

Blumer, Giovanni: *La Revolución Cultural China*. Ediciones Península, Barcelona, 1972.

Deutscher, Isaac: *Trotsky, el profeta desarmado*. Ediciones Era, México, 1968.

Fals Borda, Orlando: *Mompox y Loba: Historia doble de la Costa*, vol. I, Carlos Valencia Editores, Bogotá, 1979-1980.

Feyerabend, Paul: *Contra el método*. Ediciones Península. Barcelona, 1974.

Foucault, Michel: *La arqueología del saber*. Ediciones Siglo XXI, México, 1970.

Freire, Paulo: *Pedagogía del oprimido*. Ediciones América Latina, Bogotá, 1970.

Fundación Rosca. *Causa popular, ciencia popular*. Ediciones Rosca, Bogotá, 1972.

Gramsci, Antonio: *La formación de los intelectuales (Cuadernos de la cárcel)*. Ediciones América Latina, Bogotá, 1976.

Kuhn, T. H.: *The Structure of Scientific Revolutions*. Macmillan, Chicago, 1970.

Lewis, George L.: *The Sociology of Popular Culture*. "Current Sociology", vol. 26, n.º 3 (Invierno), 1978

Mandel, Ernest: *La formation de la pensée économique de Marx*. Maspero, París, 1972

Mao Tse-tung: *Obras completas*. Ediciones en lenguas Extranjeras. Pekín, 1968

Karl Marx: *Miseria de la filosofía*. Ediciones Siglo XXI. Buenos Aires, 1971

Charles Wright Mills: *De hombres sociales y movimientos políticos*. Ediciones Siglo XXI, México, 1969

Nowotny Helga y Hilary Rose, eds.: *Counter-Movements in the Sciences*. D. Reidel Publishing Co., Dordrecht (Holanda), 1979

Radin, Paul.: *Method and Theory of Ethnology*. McGraw Hill, New York, 1933.

Simposio Internacional de Cartagena. *Crítica y política en ciencias sociales* (2 vols.). Editorial Punta de Lanza, Bogotá, 1978.

Wheelwright, B. L. y Bruce McFarlane. *Desarrollo y revolución cultural en China*. Editorial Nuestro Tiempo, México, 1972.

EL TERCER MUNDO Y LA REORIENTACIÓN DE LAS CIENCIAS CONTEMPORÁNEAS⁸⁴

Hay un fenómeno intelectual que ha venido desarrollándose en los últimos dos decenios, pero que no ha recibido quizás la suficiente atención que merece, que trasciende el dominio de todo campo especializado y toca a tesis sobre la universalidad de la ciencia. Me refiero a la incidencia sobre determinados grupos académicos y políticos de Europa y Norteamérica de una contracorriente intelectual autonómica que se ha formado entre nosotros, los del Tercer Mundo, dentro y fuera de las universidades. Junto a este fenómeno, como elemento de refuerzo de la misma tendencia, figura un mayor y respetuoso conocimiento de la realidad cultural y humana de nuestras sociedades tropicales y subtropicales, adquirido durante este periodo tanto por nosotros como por europeos y norteamericanos. Tiendo a pensar que muchos de estos descubrimientos se han realizado dentro de un marco crítico común, que invita a retar políticamente a las instituciones del poder formal, así en los países dominantes como en los dependientes. Pero el orto de este movimiento, con sus impulsos raizales y remolinos revolucionarios, parece hallarse más entre nosotros los periféricos que en el mundo desarrollado.

Por supuesto, estas premisas implican varios puntos debatibles. El primero, que en los últimos años en verdad se ha configurado en nuestros países pobres y explotados, un grupo de científicos sociales y políticos retadores del *statu quo*, cuya producción independiente ha tenido efectos localmente y más allá de las fronteras nacionales. El segundo punto, que se ha acumulado tanta información fresca sobre sectores de nuestras sociedades como para dar base a una reflexión teórica y metodológica propia, que modifica anteriores interpretaciones, por lo regular exogenéticas o eurocéntricas. Claro que los trabajos rutinarios no han desaparecido de nuestras universidades, ya que sus marcos de referencia continúan reproduciéndose por inercia en instituciones académicas y en medios de comunicación masivos controlados por personas caracterizables como *colonos intelectuales*. No obstante, la producción de estas personas por regla general no ha trascendido las fronteras nacionales, precisamente por el mimetismo que despliegan.

⁸⁴ Texto extraído de la revista *Nueva Sociedad*, N° 107, mayo-junio de 1990, pp. 83-91. Este artículo es una versión revisada de la conferencia pública con que el autor reinició sus tareas en la universidad, después de 20 años de ausencia, lapso en el que buscó y ensayó formas alternas de obtención y acumulación de conocimientos, hoy sintetizadas por la escuela de Investigación-Acción Participativa (IAP).

Todo esto es debatible, pero quizás haya acuerdo general en que existen pruebas para demostrar en principio las dos premisas sugeridas. Más bien me dedicaré a explorar una hipótesis complementaria. Sostendré que aquella incidencia intelectual del Tercer Mundo tropical sobre grupos homólogos críticos de países dominantes encuentra acogida en razón de la crisis existencial que afecta a las sociedades avanzadas de las zonas templadas, sea por las proclividades autoobjetivantes de la ciencia y la técnica modernas desarrolladas allí—especialmente en sus universidades—, sea porque hoy surgen amenazas serias para la supervivencia de todo el género humano relacionadas con los avances inconsultos de esa misma ciencia euroamericana fetichizada y alienante.

Los euroamericanos, evidentemente, progresaron y se enriquecieron con el desarrollo científico-técnico, mucho a expensas de nosotros los del Tercer Mundo. Pero ello fue también a expensas de su alma y de los valores sociales, como en el contrato mefistofélico. Ahora, después de haber botado la llave del arca del conocimiento prístino de donde partió el progreso, hastiados de éste por la forma desequilibrada que tomó, y avergonzados de la deshumanización resultante, los nuevos *Faustos* pretenden reencontrar la llave del enigma en las vivencias que todavía palpitan en las sociedades llamadas *atrasadas, rurales, primitivas*, donde existe aún la praxis original no destruida por el capitalismo industrial: aquí en América Latina, en África, en Oceanía.

Si esto fuese cierto, tal constatación de las fallas existenciales e ideológicas en la zona templada podría darnos todavía más certeza y justificación a los del Tercer Mundo en la búsqueda autónoma para interpretar nuestras realidades. Y más seguridad en nuestra capacidad de saber modificarlas y construir formas alternativas de enseñanza y de acción política y social para beneficio nuestro y, de contera, también para el de todos los pueblos explotados y oprimidos de la Tierra.

La frustración del eurocentrismo

No es nuevo lo que sigue: desde comienzos del siglo XX, y en especial a partir de los desastres materiales y espirituales de la Primera y Segunda Guerras Mundiales, muchos científicos y filósofos europeos reconocieron el problema existencial aludido y cuestionaron el propósito final de sus conocimientos y acumulaciones técnicas, tanto en las universidades como en los laboratorios. El inspirador de esas tareas había sido el cartesianismo analítico, junto con la tentación teleológica de obtener control sobre los procesos naturales. Además, en lo político se habían diseñado formas democráticas representativas apuntaladas en un positivismo funcional y en las ideologías de la libre empresa y la propiedad absoluta. Como no todo anduvo bien, la sociedad europea se dividió en utopistas y realistas, dando origen a esa controversia permanente que parte de Hobbes y encuentra su nadir en el fascismo.

Al cabo de casi dos siglos de experiencias, la desilusión y la protesta se convirtieron en alimento diario de aquella sociedad.

Recordemos, entre otras voces díscolas, el pesimismo de Spengler sobre los resultados de la búsqueda del desarrollo económico, y la crítica fenomenológica de Husserl sobre el desvío del positivismo al crear escuelas que desembocaron en revisiones sustanciales de la interpretación ontológica. Hasta las ciencias naturales experimentaron esta desazón y buscaron una revisión orientadora. Encabezados por los físicos cuánticos, descubrieron la infinitud de la estructura interna de las partículas atómicas y dieron el salto del paradigma mecánico de lo cotidiano, de Newton, al infinitesimal y relativo de Einstein, complementándolo con la inesperada y herética constatación (de Heisenberg) sobre la indeterminación del conocimiento experimental y el papel antrópico del observador.

En el campo filosófico y universitario hubo también esfuerzos para alejarse del cartesianismo y del positivismo, que vale la pena recordar: entre otros los de la Escuela Crítica de Francfort, al combinar el rechazo al nazismo con el rescate antidogmático del marxismo; y el de la filosofía de la ciencia (Gastón Bachelard).

Todos estos esfuerzos fueron de grandes proporciones para el desarrollo científico y técnico y para la revisión de actitudes ante el conocimiento y el progreso humanos. En las universidades del Tercer Mundo, quizás por

razones de lenguaje, apenas si llegaron los murmullos de esa revisión. En lo concerniente a las ciencias sociales, por ejemplo, éstas siguieron apegadas al cientificismo positivista, y todavía hoy se hallan allí en la anticuada etapa del paradigma newtoniano.

Sin embargo, hubo igualmente lastres persistentes en el desarrollo de la reinterpretación crítica europea. Por lo general, los intelectuales iconoclastas pretendieron resolver, comprensiblemente, sus problemas de concepción y orientación todavía dentro de los parámetros del conocimiento tradicional. Europa seguía siendo el ombligo del mundo, el modelo que todos los demás debían seguir, aunque su sociedad fuera perdiendo sabor y sentido para sus propios miembros.

Se pensó entonces que la solución de los problemas existenciales de las naciones avanzadas podía alcanzarse si se desanduviera allí mismo el recorrido hasta retrotraerlo al complejo cartesiano como reconocido punto de partida del desvío cientificista. Y luego tomar el perdido rumbo humanista que corregiría los peligros de la alienación de los intelectuales y de los científicos. Estas propuestas de enmienda, evidentemente parroquiales, siguieron discutiéndose por un buen tiempo. Hasta Habermas, la última gran figura de la Escuela de Francfort, cayó en el simplismo de la continuidad eurocéntrica y del modelo del desarrollo avanzado. Ello limitó las implicaciones universalistas de sus tesis sobre conocimiento e interés como fórmula para superar el síndrome de la deshumanización moderna que advirtió, interpretó y condenó en toda su amplitud.

Desde cierto punto de vista, el eurocentrismo umbilical es inexplicable, porque la sociedad y la ciencia europeas son en sí mismas el fruto histórico del encuentro de culturas diferentes, incluyendo las del actual mundo subdesarrollado. Es natural preguntarse, por ejemplo, si Galileo y los demás genios de la época hubieran llegado a sus conclusiones sobre la geometría, la física o el cosmos sin el impacto del descubrimiento de América, sus productos y culturas, o sin la influencia deslumbrante de los árabes, hindúes, persas y chinos que bombardearon con sus decantados conocimientos e invenciones a la Europa rudimentaria del pre-Renacimiento.

La reveza de la vieja corriente colonizadora

Últimamente, los grupos de intelectuales sufrientes de Euroamérica han tratado de corregir en las universidades, y fuera de ellas, aquella tendencia narcisista y parroquial. Es posible encontrar ahora entre ellos expresiones de reconocimiento respetuoso del mundo marginal pauperizado, un querer sentir y comprender empáticamente los valores de las sociedades tropicales y subtropicales no industrializadas, cierta admiración nostálgica por la resistencia de los indígenas y campesinos analfabetas y explotados del Tercer Mundo ante los daños y perjuicios del desarrollo capitalista y de la racionalidad instrumental. Evidentemente, tales grupos de protesta intelectual y científica van más allá de las descripciones de aspaviento de viajeros y misioneros de siglos anteriores. Pero vale la pena recordar algunas expresiones notables, y examinar sus lazos o afinidades ideológicas con lo nuestro. Veremos cómo muchos asuntos principales tratados por ellos se enraízan en la problemática del Tercer Mundo y se articulan con ella. Esto demostraría cómo las viejas corrientes intelectuales colonizadoras del Norte hacia el Sur pudieran estar cambiando parcialmente de curso en estos años para volverse en dirección contraria, del Sur hacia el Norte, y crear interesantes olas de convergencia temática inspiradas en la vieja consigna de conocer para poder actuar bien y transformar mejor. En cuyo caso, lo que estaríamos observando sería realmente el comienzo de una hermandad universal comprometida políticamente contra sistemas dominantes, una hermandad conformada por colegas intensamente preocupados por la situación social, política, económica y cultural de todos los que heredamos este mundo injusto, deforme y violento, allá como acá, y que queremos cambiarlo de manera radical.

Veamos una expresión de la convergencia temática y compromiso espiritual y político en quienes han rescatado la cultura popular e indígena. Con este esfuerzo se ha descubierto otra visión del mundo muy distinta de la transmitida por culturas opresoras. Como se sabe, para alcanzar esta visión, Claude Levi-Strauss hizo viajes frecuentes a América Latina y África, y plasmó en páginas admirativas el “pensamiento salvaje” que allí detectó. Son las realidades cosmológicas sobre los circuitos de la biósfera y el mecanismo del “eco humano” que comunicaron también los indios Desana de nuestra Amazonia a Gerardo Reichel-Dolmatoff. Estos estudiosos, como muchos otros autores, recogieron aquella sabiduría precolombina que los universitarios occidentales habían despreciado,

pero que el pueblo común tercermundista preservó a pesar de todo en sus lejanos caseríos y vecindarios.

No nos sorprenda que allí, en ese mundo rústico, elemental o anfibio (el del hombre-caimán y el hombre-hicotea) que ha atraído a los antropólogos, se haya configurado también el complejo literario de Macondo, hoy de reconocimiento universal. Científicos e intelectuales del Norte y del Sur convergieron así creadoramente con novelistas y poetas para abrir surcos nuevos de comprensión del cosmos y retar versiones facilistas y parciales del conocimiento que provienen de la rutina académica o universitaria. Los Macondos, junto con los bosques brujos de los yaquis, las selvas de los Mundurucú y los ríos-anaconda de los tupis son símbolos de la problemática tercermundista y de la esperanza euroamericana: reúnen lo que queremos preservar y lo que ansiamos renovar. Retan lo que cada uno cree que piensa de sí mismo y de su entorno. En fin, lo macondiano universal combate, con sentimiento y corazón, el monopolio arrogante de la interpretación de la realidad que ha querido hacer la ciencia cartesiana, especialmente en las universidades.

Esa desorientación inhumana

Tampoco se salvan de los retos del mundo subdesarrollado los practicantes de las ciencias naturales, especialmente aquellos que persisten en ver el universo como si fuese constituido de partículas o bloques elementales finitos, medibles y matematizables. La concepción mecanicista del mundo, que heredó el físico austríaco Fritjof Capra, por ejemplo, empezó a caer cuando éste y sus colegas analizaron los problemas ecológicos de explotación de la naturaleza y advirtieron formas no lineales en procesos vitales comunes. Eso no lo descubrieron solos, sino que lo aprendieron mayormente de comunidades indígenas y de la sabiduría intuitiva de éstas. Capra protestó por la desorientación inhumana de la ciencia moderna, y encontró factores de equilibrio para esa tendencia mortal sólo en el *I Ching* y en enfoques holísticos basados en el *yin* y el *yang* y en el misticismo de los pueblos olvidados del Lejano Oriente. Con base en estos postulados tercermundistas, presentó su desafiante doctrina del “punto de retorno” y su propuesta de una metafísica que comparten otras autoridades científicas (no todas, por supuesto).

De manera similar, el epistemólogo canadiense Morris Berman descubrió las limitaciones de los conceptos académicos de *circuito*, *campo de fuerza*, *conexión* e *interacción* a través del estudio de la alquimia medieval, del totemismo y de los cultos a la naturaleza de los indígenas americanos. Fueron trabajos de africanos (Chinúa Abebe y otros) los que más le iluminaron para replantear la importancia que tienen para la ciencia moderna tesis derivadas de esas formas no académicas, y la necesidad de “reencantar el mundo” con lo que él llamó “conciencia participativa”. Así hizo eco a clamores similares de grupos latinoamericanos e hindúes que planteaban, desde antes, metodologías innovadoras con esta clase de conciencia.

¿Qué llevó a Foucault, por su parte, a postular la conocida tesis sobre “insurrección de conocimientos subyugados” en su primera conferencia de Turín? Él mismo lo explica como una reacción a la tendencia erudita de producir un solo cuerpo unitario de teoría como si fuera la ciencia, olvidando otras dimensiones de la realidad, especialmente las de las luchas populares no registradas oficial ni formalmente. No sabemos con exactitud, por su prematura muerte, cuánto incidió en Foucault el constatar la difícil situación de los indígenas americanos a quienes visitó, y de quienes alabó sus supervivencias culturales y uno que otro alucinógeno. No debió ser poco, ya que la homologa con las luchas olvidadas que él mismo documenta sobre el loco, el enfermo y el preso. De allí se derivan sus análisis sobre las relaciones entre el saber y el poder político y los condicionantes sobre el poder científico, análisis que convergen con claras preocupaciones tercermundistas anteriores y contemporáneas.

Veamos

Puede parecer antipático hacer un examen sobre la originalidad de las ideas en grupos de intelectuales o universitarios del Norte y del Sur; pero como la hipótesis complementaria sobre la acogida existencial e ideológica de los nortños que he venido explorando lleva hacia allá, voy a intentarlo con la consideración debida. Me parece que los hechos hablan por sí solos, de modo que procederé no más que a mencionar los polos temáticos respectivos, declarando fuera de concurso, anticipadamente, a escritores historiadores latinoamericanos como Eduardo Galeano y Alejo Carpentier, por las obvias razones de su demostrada universalidad.

La dialógica moderna se propuso primero en Brasil (Paulo Freire). Dar voz a los silenciados y fomentar el juego pluralista de voces diferentes, a veces discordantes, se convirtió en consigna de estudio y acción para sociólogos influyentes del Canadá (Budd Hall) y Holanda (Jan de Vries), entre muchos otros, y para todo un movimiento renovador de la educación de adultos a escala mundial.

Las teorías de la dependencia y el sistema capitalista mundial, así como del desarrollo del subdesarrollo, encontraron sus primeros campeones en Egipto-Senegal (Samir Amin) y América Latina (Fernando H. Cardoso, Enzo Faletto, Celso Furtado, André Gunder Frank), con replicaciones posteriores en Europa (Dudley Seers, Immanuel Wallerstein). De la misma manera han tenido repercusiones los aportes de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) en las teorías sobre el equilibrio económico regional, así como la crítica tercermundista de los “economistas descalzos” (Manfred Max-Neef) que demuestra las graves fallas técnicas y teóricas de esta disciplina, sus objetivos y alcances. La propuesta praxiológica de la subversión moral que se extendió por todo el mundo, incluyendo las universidades de los países avanzados, tuvo su cuna entre las gentes de nuestras islas y montañas y sus luchas (Che Guevara, Camilo Torres). Así mismo, y en similares circunstancias, emergió de nosotros la teología de la liberación (Leonardo Boff, Gustavo Gutiérrez), que ha llevado a revisar la rutina eclesial católica y ecuménica. El rescate de las luchas populares y de la personalidad y cultura de los “grupos sin historia” ha sido iniciativa de bengalíes, hindúes y srilanqueses (De Silva, Rahman y otros) con resonancias posteriores en trabajos euroamericanos (Georges Haupt, Eric Wolf).

Además del impacto de las revoluciones de Cuba y Nicaragua, que colocaron a Latinoamérica en su momento a la vanguardia de movimientos de liberación sociopolítica, registramos el positivo efecto sobre el marxismo esclerosado de los europeos con aportes concretos de nuestros investigadores sobre problemas de la periferia en América, África, Asia y Australia (Bartra, Benarjee, González Casanova, Mustafá, Stavenhagen, Taussig). El efecto de esta obra es más visible hoy en el mundo del *glásnost*. Algo semejante ha ocurrido con las teorías del Estado y la democracia originadas en el Cono Sur americano (Lechner, O'Donnell), sin olvidar el extraordinario aporte original de los hindúes a la física cuántica.

El Simposio Mundial de Cartagena ocurrido en 1977, sobre investigación-participativa (IAP), en el que las voces y experiencias del Tercer Mundo fueron determinantes, sostuvo tesis sobre recuperación histórica local, historia en el presente, devolución del conocimiento, intervención y participación social, que anticiparon, complementaron o reorientaron trabajos convergentes en Austria, Estados Unidos, Francia, Holanda, Suecia y Suiza.

El estudio autonómico de nuestros problemas y el acoplamiento a estos estudios entre los norteños que sufren su propia crisis existencial e ideológica, es evidente. Asfixiados por sus nubes tóxicas, basureros radiactivos y lluvias ácidas, aturdidos por la vacuidad juvenil, asustados por misiles y cohetes militares, los euroamericanos buscan respuestas, soluciones y equilibrios en nuestros aires frescos y horizontes vitales. Lo dicho muestra también cómo la corriente del pensamiento del centro hacia la periferia se ha venido revezando, y cómo ella está tomando igualmente la interesante derivación Sur-Sur. Parece que se ha venido formando así, desde hace unos 20 años, un movimiento conjunto de colegas de diversos orígenes nacionales, raciales y culturales preocupados por la situación del mundo en su totalidad, cuyos puntos de vista confluyen a nivel de igualdad de manera comprometida y crítica contra el *statu quo* y los sistemas dominantes.

Un reto político universalmente compartido

En últimas, el efecto de todos estos trabajos es de carácter político y seguramente de alcance universal. Puede verse que la hermandad de los intelectuales y universitarios críticos del Norte y del Sur propende a un mundo mejor, en el que queden proscritos el poder opresor, la economía de la explotación, la injusticia en la distribución de la riqueza, el dominio del militarismo, el reino del terror y los abusos contra el medio ambiente natural. Como hemos visto, sobre estos asuntos vitales nos reforzamos mutuamente los unos a los otros. Por encima de las diferencias culturales y regionales, reiteramos el empleo humanista de la ciencia y condenamos el uso totalitario y dogmático del conocimiento. Tratamos de brindar, por lo tanto, elementos para nuevos paradigmas que recoloquen a Newton y Descartes. Buscamos dejar atrás a dos tétricos hermanos, el positivismo y el capitalismo deformantes, para avanzar en la búsqueda de formas satisfactorias de sabiduría, razón y poder, incluyendo las expresiones

culturales y científicas que las universidades, las academias y los gobiernos han despreciado, reprimido o relegado a segundo plano. Es lo que, en términos generales, se llamó durante el decenio de 1960 “ciencia social comprometida”. Una revisión detallada de los trabajos mencionados puede demostrar que existe en todos ellos no sólo el ideal del “compromiso” de los años sesenta y la reacción contra el monopolítico paradigma positivista, sino el afán político de dar un paso más y ofrecer una alternativa clara de sociedad. Esta propuesta –queda dicho– se alimenta de un tipo de conocimiento vivencial útil para el progreso humano, la defensa de la vida y la cooperación con la naturaleza. Quienes hemos querido ayudar a construir esta propuesta, hemos hablado de *participación cultural, económica y social* desde las bases, la construcción de contrapoderes populares, la proclamación de regiones autónomas y el ensayo abierto de un federalismo libertario. Además, la propuesta vivencial alternativa invita a revisar concepciones antiguas sobre la autodefensa justa, el tiranicidio y el maquiavelismo, sólo sancionadas antes en España e Italia.

Queremos, pues, fomentar actitudes altruistas que equilibren la parcial visión hobbesiana de la sociedad del hombre-lobo-para-el-hombre que nos han transmitido en la escuela europeizante y fuera de ella como verdad universal y eterna. En fin, queremos sondear las relaciones dialécticas que existen entre conocimiento y poder y colocarlas al servicio de las clases explotadas para defender sus intereses. La propuesta alternativa también se construye como neutralizador ideológico de las soluciones nazi-fascistas, xenófobas y de fuerza que acabaron con Europa y amenazan aún a democracias maduras, para favorecer en cambio salidas pluralistas, tolerantes de diferencias y puntos de vista diversos contruidos con movimientos sociales de base, lo cual ha sido una contribución específica de esfuerzos populares del Tercer Mundo con metástasis en el primero. paradójicamente, éste era el tipo ideal de conocimiento y acción, medio utópico quizás, por el que propugnaron los filósofos principales de los siglos XVII y XVIII, empezando con la invitación de sir Francis Bacon de crear una tecnología humanista. Supongo que Descartes nunca imaginó las distorsiones vivenciales y los desastres ecológicos que sus tres reglas de análisis positivo impusieron a la sociedad, ni que Galileo hubiera querido que la matematización de la naturaleza iniciada por él llevara a la bomba atómica.

Aun así, los ideales de bienestar humano de aquellos filósofos y científicos persisten. Las recientes generaciones de intelectuales comprometidos del Norte y del Sur, sin volver atrás el reloj de la historia, han empezado a revisar mitos y tabúes creados desde la Ilustración alrededor de las instituciones sociales, religiosas y políticas vigentes, ya que éstas, con el paso de los años, han perdido su espíritu para tornarse en cosas y fetiches. Tal el caso con los conceptos de Estado-nación, el partido político, la democracia representativa, la soberanía y la legalidad del poder público, por una parte; y por otra, los conceptos de Iglesia-Estado, el concordato eclesial, la prisión, el servicio militar y el desarrollo económico. El desempeño contagiante de estas instituciones enfermas y alienantes ha sido claramente denunciado por la hermandad crítica del Norte y del Sur, aunque del Tercer Mundo se hayan levantado voces más claras producidas quizás por el efecto empeorado de la experiencia regional derivada. porque aquí sí parece que se cumpliera la tesis leninista sobre el rompimiento del sistema por el eslabón más débil.

Más allá de los dogmas

No es sorprendente, por lo mismo, que estén sobre el tapete las fórmulas alternativas de democracia y sociedad mencionadas atrás. Ello invita a ensayar estilos nuevos de hacer política y entenderla, hasta en las mismas universidades. por eso, tanto en Europa como en la India y en Colombia buscamos métodos frescos y alegres de organización popular, diferentes de los impuestos por los dogmas (tanto liberales como leninistas) sobre los partidos con sus solemnes tesis sobre racionalidad, verticalidad del mando, centralismo de cuadros y monopolio de la verdad, dogmas y tesis que se han constituido en parte de nuestras crisis actuales. Y salen voces “bacanas” y luces correctivas desde nuestros países subdesarrollados que iluminan la potencialidad creadora de los azares de las luchas, de la espontaneidad y de la intuición de las masas, para ir organizando movimientos regionales sociales y políticos independientes. Por último, si la revisión aquí hecha resultara cierta, así fuese parcialmente, tendremos que cambiar los viejos mitos heredados sobre la superioridad del faro intelectual euroamericano, que tanto ha condicionado nuestra vida política, económica, cultural y universitaria, que nos mantiene en el atraso y en la pobreza permanentes.

Aun admitiendo la sintonía positiva con ese faro, sería triste mantenernos en los paradigmas ya superados por los desarrollos técnico-científicos modernos, y seguir repitiendo e imitando autores, filósofos e ideólogos cuya vigencia puede resultar discutible. ¿Para qué seguir llevando flores a ídolos dudosos, citar acríticamente escritores obsoletos, o elevar como maestros a colegas cuyo pensamiento ha sido eco o desarrollo de nuestros propios análisis, un eco a veces ampliado por la resonancia de aparatos hegemónicos? Si según muchos euroamericanos prominentes la llave del arca del conocimiento vivencial se encuentra entre nosotros los de la periferia del Tercer Mundo, ¿no resulta absurdo persistir en hallarla a través de otros que, por razones histórico-culturales, no saben bien de los cofres tropicales y macondianos en que pueda estar escondida? Estos datos deberían darnos a nosotros los periféricos todavía más certeza en la interpretación de nuestras realidades, más seguridad en saber transformarlas, y más confianza en construir autónomamente nuestros propios modelos alternativos de democracia y sociedad. Sin embargo, habría que ponernos de acuerdo –los grupos críticos de todas partes–, por lo menos en una condición de justicia histórica: que los esfuerzos de interpretación, cambio y construcción de los modelos nuevos se dirijan prioritariamente a beneficiar al pueblo humilde y trabajador del Tercer Mundo que celosamente guardó aquella llave del arca vivencial a través de siglos de penuria, explotación y muerte.

Todavía podemos aprender mucho de las formas de creación y defensa culturales, así como de las tácticas de resistencia popular, de nuestros humildes grupos de base. Formas y tácticas que pueden servir para que todos conjuntamente sorteemos con éxito la época de graves peligros y oportunidades en que nos ha tocado vivir.

BIBLIOGRAFÍA

- Benarjee, Diptendra:** *The Historical Problematic of Third World Development*, Burdwan-Ithaca, Cornell University Press, 1986. Berman, Morris, *The Reenchantment of the World*, Ithaca, Cornell University Press, 1981. Capra, Fritjof, *The Turning Point*, Nueva York, Bantam Books, 1983.
- De Silva, G.V.S. et al.:** "Bhoomi Sena: A Struggle for People's Power", en *Development Dialogue*, n.º 2, Upsala, 1979.
- De Vries, Jan:** "Science as Human Behavior: On The Epistemology of Participatory Research Approach" ponencia presentada en International Forum on Participatory Research, Amersfoort, 1980.
- Fals Borda, Orlando:** *Conocimiento y poder popular: lecciones con campesinos de Nicaragua, Colombia y México*, Bogotá, Punta de Lanza-Siglo XXI, 1986.
- Fals Borda, Orlando:** "Participation and Research in Latin America", en *International Sociology*, n.º 4, Cardiff, 1987.
- Foucault, Michel:** *Power/Knowledge, Selected Interviews and Other Writings*, 1972-1977, Nueva York, Vintage, 1980.
- Freire, Paulo:** *Pedagogía del oprimido*, Bogotá, Bogotá Ediciones, 1979.
- Hall, Budd:** *Voices of Changes. Participatory Research in the Unites States and Canada*, Toronto, Greenwood, 1977.
- Lechner, Norbert:** "Sociedad civil, autoritarismo y democracia", en *Crítica y Utopía*, n.º 6, Buenos Aires, 1982.
- Max-Neef, Manfred:** *Economía descalza*, Estocolmo, Nordan, 1986.
- Mustafá, Kemal:** *Participatory Research and Popular Education*, Dar-es-Salaam, Afriacan Regional Workshop, 1983.
- Rahman, Md. Anisur:** "The Theory and Practice of Participatory Action Research", en O. Fals Borda (ed.), *The Challenge of Social Change*, Londres, Sage, 1986.
- Reichel-Dolmatoff, Gerardo:** *Desana: simbolismo de los indios tutano del Vaupés*, Bogotá, Universidad de los Andes, 1968.
- Simposio Mundial de Cartagena:** *Crítica y política en ciencias sociales*, Bogotá, Punta de Lanza, 1978.
- Taussig, Michael:** *Shamanism: Colonialism and the Wild Man*, Chicago, University of Chicago, 1987.
- Wolf, Eric:** *Europa and the People without History*, Berkeley, University of California Press, 1982